

MISION 1/1000

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

MISIÓN 1/1000

CLARK CARRADOS

LCDE Nº 504-abril de 1980.



Cubierta de **Jorge Sampere**

CAPITULO PRIMERO

Se lavó las manos cuidadosamente y luego se acercó al espejo, para retocarse los cabellos, y no precisamente por coquetería, sino porque le agradaba ofrecer en todo momento un excelente aspecto personal. Syra Hunt se sabía modedamente atractiva y nunca había sido negligente en el cuidado de su figura, pese al trabajo que, en ocasiones, había llegado a ser agobiante.

Lo único que le reprochaban otros era sus continuas distracciones. A veces, los descuidos de la doctora Hunt alcanzaban proporciones catastróficas, aunque, por fortuna, siempre había tenido suerte de que una mano providencial reparase sus descuidos antes de que fuese demasiado tarde. Por lo demás, .su excelente historial profesional la había llevado hasta el puesto que ocupaba actualmente, en donde su labor era altamente apreciada.
Terminó de arreglarse, se puso los lentes y abandonó el lavabo de señoras. Atravesó una antesala y se asomó a una vasta habitación, en donde dos hombres conversaban en voz baja.
-General, profesor, si no les importa, me retiro -dijo, con su voz bien modulada y siempre agradable de escuchar.
-Puede marcharse, doctora -contestó uno de los hombres.
-Gracias, profesor. General...
El general Davidoff sacó un cigarro y se lo puso entre los dientes. Estaba tan preocupado como su interlocutor, el profesor Ralston.
-Es terriblemente grave, en efecto -dijo.
-He hablado con el presidente, general. Puede decirse que me ha concedido plenos poderes para resolver el caso... suponiendo que se pueda.
-Será difícil. Los documentos ya no están aquí. Lo hemos comprobado.
-Entonces, no nos queda otro remedio que enviar un agente, general.
-Es lo único que podemos hacer, profesor.
Ralston sacó su pipa y empezó a cargarla.
-Nosotros teníamos el secreto; éramos los únicos, en toda la Galaxia, que podíamos hacerlo. Ahora, son otros los que ya tienen ese secreto y no lo han conseguido a fuerza de trabajo, sino por la traición. Por tanto, opino que hemos de
emplear el mismo método para recuperar los documentos.
-Un agente infiltrado.
-Exactamente.
-No. podrá atravesar sus barreras, profesor, y usted lo sabe bien. El Cuartel General de Kuastil es algo superprotegido. En comparación, el nuestro es poco menos que una barraca de tablas con techo de lata acanalada.
-Es que, general, el agente no entrará allí disfrazado de nativo, ni tomará la apariencia de un ofícial enemigo. ¿Para qué se cree que disponemos del Procedimiento R?
Los menudos ojillos de Davidoff chispearon vivamente.
-Creo que le comprendo, profesor -dijo-. Sí, es una excelente idea, aunque el riesgo resultará enorme...
-Pero puede dar los resultados apetecidos, general.
Davidoff movió las mandíbulas y cambió el puro de lado en su boca.
-Sería tanto como devolverles la pelota -dijo-. Y, me gustaría tanto...
-Usted es el hombre indicado para, designar al agente que debe llevar a cabo la misión. Algunos de sus hombres, lo sé por experiencia, han realizado proezas increíbles. Ir a Kuastil y recuperar los documentos, pienso, no será

más difícil que otras misiones que se han realizado.
-No lo tome muy a la ligera. Gudrun Tsowrril es muy astuta y tiene un magnifico Estado Mayor. En cuanto tuvo los documentos en su poder, se imaginó que no nos quedaríamos con los brazos cruzados y habrá tomado las medidas oportunas para protegerlos.
-Es elemental -convino Ralston-. Pero como sea, es preciso hacerlo. Y en usted recae la responsabilidad de nombrar al agente que debe viajar a Kuastil, general.
Davidoff meditó unos instantes. De pronto, chasqueó los dedos.
-Ya lo tengo -dijo.
Alargó la mano y tocó una tecla. Un hombre, con uniforme en el que se divisaban las insignias de capitán, entró en el acto.
-Señor...
-Capitán Durand, tenga la bondad de ponerse inmediatamente en contacto con el agente T-10. Esté donde esté, dígale que se presente inmediatamente y que no admitiré ninguna excusa, ¿entendido?
-Sí, señor.
Durand se acercó a la gran consola de control, situada junto a una de las paredes de la sala, y sobre la que se divisaban varias pantallas de televisión. Presionó unas cuantas teclas y vio que se encendía una de las pantallas.
A los pocos segundos, dijo:
-T-10, aquí Central. Preséntese inmediatamente, por orden del general. Es urgente. Repito, urgente. Venga sin perder tiempo. Avise de su llegada, fin del mensaje.
La respuesta fue sorprendente:
-Capitán, usted y el general pueden irse, juntos o por separado, a ese lugar en donde, después de unos minutos de estancia, es preciso tirar de la cadena. Fin del mensaje.
Davidoff oyó aquella respuesta y lanzó un aullido.
-Capitán, dígale a ese deslenguado que, o viene inmediatamente, o enviaré en su busca una compañía de soldados de asalto.
-Sí, señor; se lo diré inmediatamente... Eh, ¿qué sucede aquí? -exclamó Durand.
La imagen que había aparecido en la pantalla, y en la que se reflejaba un paisaje campestre, sumamente agradable, había cambiado súbitamente, después de unas extrañas alteraciones, en las que se vieron sucesiva y rapidísimamente, trozos de cielo azul, nubes blancas, lejanas montañas, aguas transparentes y, finalmente, aunque borrosos, una serie de guijarros, entre los cuales crecían y ondulaban suavemente las plantas acuáticas.
.-¡General, el agente T-10 ha tirado su reloj al río!-exclamó el atribulado oficial de órdenes.
Ralston soltó una risita.
-Conozco muy bien a Clyde Hobart -dijo-. Después de la respuesta que nos ha dado, el que haya tirado su reloj al río no me extraña en absoluto. Oiga,

general, ¿no le parece muy interesante la imagen del fondo del río? Mire, mire qué trucha tan hermosa... ¡Cómo me gustaría atraparla para mi sartén!
Davidoff se enfureció.
-Profesor, estamos aquí para solucionar el más grave problema que se le ha planteado a la Humanidad después de encontrar la curación del cáncer, y a usted no se le ocurre pensar en otra cosa que en truchas fritas.
La trucha se lanzó de pronto a una cosa que se movía entre las aguas. Inmediatamente, algo tiró de ella violentamente, hacia arriba.
-Vaya, Hobart es un tipo afortunado -comentó Ralston, con sincera envidia-. Esa trucha es para su sartén.
Lanzó una risita y añadió:
-Me dan ganas de inventar la televisión auténtica. Ahora, desde aquí, podríamos pescar en ese río...
De pronto, Durand sintió cierta humedad en los pies y bajó la vista.
-Profesor -dijo.
-¿Sí, capitán? -contestó el aludido.
- Truchas no sé si habrá aquí, pero... agua, hay ya medio palmo...
Davidoff lanzó una tremenda interjección y se puso de un salto encima de su silla.
-Pero ¿qué diablos ha pasado aquí? Capitán, vaya y solucione pronto esta emergencia. ¡Alguien se ha dejado los grifos abiertos, maldita sea mi estampa!
Durand echó a correr, chapoteando en el agua que inundaba ya la estancia. Ralston frunció el entrecejo.
-Apostaría doble contra sencillo a que ha sido un descuido de la doctora Hunt -murmuró, también subido a una silla y sentado en el borde de su respaldo-. General, puesto que el agente T-10 no quiere venir, vamos nosotros a encargarnos del procedimiento R, lo cual le convencerá para que acepte la misión. ¿De acuerdo?
Davidoff no pudo contestar. En aquel momento, empezaron a saltar chispas de la consola de control. Los cortocircuitos se corrieron, como petardos de una traca de feria. Explotaron dos pantallas de televisión. Columnas de humo empezaron a salir de la consola y de otros aparatos contiguos. Los dos hombres, aterrados, abandonaron sus refugios y corrieron en busca de una salida.
El agua llegaba ya a los pasillos y saltaba por los peldaños de la escalera que conducía a la planta inferior, en diminutas y murmurantes cascadas. De pronto, Davidoff, que iba en cabeza, resbaló y cayó al suelo. Ralston tropezó con él y cayó también. Los dos hombres quedaron tendidos unos momentos en el suelo, completamente lleno de agua..
-Profesor, ¿de veras cree que esto es obra de la doctora Hunt? -preguntó el general, con la cara apoyada en una mano y los dedos de la otra trazando arabescos en el agua que fluía incesantemente por debajo de su cuerpo.
-Indudablemente -contestó Ralston.

-La llamaré que venga inmediatamente, que vea los destrozos que ha causado su incalificable actitud... ¿Dónde puedo encontrarla, profesor?
-En el campo. Ha ido a cazar mariposas. Es su hobby.
Davidoff levantó un ojo al techo.
-Es lo que me faltaba por oír -dijo-. ¡Cazar mariposas!

* * *

El agente T-l0, más comúnmente conocido por Clyde Hobart, echó la tercera trucha a la cesta y luego de poner un nuevo cebo, se reclinó contra el árbol, echó el sombrero sobre los ojos, juntó las manos sobre el regazo y cerró los ojos beatíficamente. Hacía un día estupendo y en alguna parte cantaban las cigarras y zumbaban los moscardones.
-A buenas horas voy a acudir a esa maldita llamada -dijo, hablando consigo mismo-. ¿Es que no han recibido mi carta de dimisión? Claro, la maldita burocracia... Pero burocracia o no, que se vayan al diablo...
De pronto, oyó ruido en las inmediaciones y abrió los ojos. Una atractiva joven pasó por delante de él, corriendo graciosamente, con una red caza mariposas en una mano y el bolso colgando del costado izquierdo. Era rubia, con una cinta azul en el pelo, y vestía blusa blanca y pantalones cortos, del mismo color, lo que permitía ver unas piernas realmente atractivas. Ella saltaba rítmicamente, como si danzara, y al verle allí, volvió la cabeza un instante y sonrió.
-Hola -dijo.
Hobart levantó una mano.
-Hola -contestó.
Ella se alejó, detrás de una mariposa que se mostraba particularmente reacia a dejarse cazar. Hobart la vio desaparecer detrás de un arbusto y suspiró.
-¡Qué encanto de mujer! -exclamó-. Aún con las gafas, es guapísima.
Pasaron algunos minutos. De pronto, Hobart oyó un aleteo cercano.
Volvió la cabeza. Una paloma se había posado en el suelo, a poca distancia, y picoteaba las miguitas de pan que habían caído al suelo y que procedían del bocadillo que Hobart había tomado como almuerzo. Hobart sonrió y, girando un poco sobre sí mismo, se tendió de bruces en el suelo.
Con la mano derecha, sacó de su bolsa una rebanada de pan y empezó a deshacerla con los dedos.
-Ven, acércate, preciosa -dijo suavemente-. Aquí hay más comida.
La paloma, sin el menor recelo, se aproximó al joven. Hobart arrojó unas cuantas migas en su dirección. La paloma picoteaba afanosamente. Era un precioso ejemplar, de ojos muy vivos y plumas limpias y brillantes.
Una trucha mordió el anzuelo, pero Hobart, entretenido con la paloma, no prestó atención a las sacudidas de la caña. En aquellos momentos, Hobart se sentía realmente en el paraíso terrenal.
-Y todavía quieren que vaya -murmuró, felicitándose de haber arrojado al río el reloj que era, a la vez, radio y televisor y que podía alcanzar a cualquier lugar de la Tierra y, por consiguiente, recibir también llamadas, aunque fuese

desde las antípodas. Aquel reloj costaba una fortuna, pero al lanzarlo al río, Hobart consideraba que había roto el último lazo que le unía a su departamento.
En aquel momento, la cazadora de mariposas estaba a dos metros detrás de él, acercándose cautelosamente a un magnífico ejemplar. De repente, Hobart vio que la paloma adquiría un tamaño monstruoso.

CAPITULO II

Hobart se sentó en el suelo de golpe, sin comprender lo que sucedía. La paloma seguía allí, pero ahora alcanzaba una altura de quince metros por lo menos. Picoteaba afanosamente unas migas de pan, que, de golpe, habían aumentado hasta llegar a medio metro de grueso.
La hierba era monstruosamente alta en el lugar donde estaba la paloma. Hobart calculó que los tallos medían unos dos metros de ancho por diez o doce metros de altura. Una margarita gigantesca se balanceaba lentamente sobre su tallo de veinticinco metros de altura.
Lo curioso, sin embargo, era que el suelo, en el sitio en donde él se encontraba, ofrecía un aspecto de absoluta normalidad. Pero era una especie de claro, delimitado, por la formidable barrera de aquellas hierbas que resultaban cuatro veces más altas que él.
Lentamente se puso en pie y sacudió la cabeza. «No estaré padeciendo alucinaciones», se dijo.
La barrera de hierbas, en cuyo borde se encontraba la paloma, estaba a unos cinco metros escasos. La paloma seguía picoteando en el suelo y, acabado el pan, la había emprendido con los insectos que pululaban por el suelo. De pronto, Hobart vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.
La hormiga corría desesperadamente. El instinto le hacía ver que debía alejarse cuanto antes del enemigo que era la paloma. Hobart vio con todo detalle sus ojos, el movimiento de las enormes antenas, las seis patas... Apenas si tuvo tiempo de saltar a un lado para esquivar la embestida de la hormiga, que medía más de cuarenta centímetros de largo y se alzaba a treinta del suelo.
El pico de la paloma hacía un ruido atroz al chocar contra el suelo. Hobart vio un gigantesco ciempiés, tan largo como su cuerpo y grueso. como su muslo, reptando por la hierba. El miriápodo estaba también asustado y no vio la telaraña que salía a su encuentro, y en la que quedó enredado instantáneamente.
Hobart vio una piedra y se escondió. La araña surgió de su agujero y se precipitó, horrible y monstruosa, sobre el ciempiés. Hubo una rápida lucha y luego, el artrópodo arrastró a su presa hasta las profundidades de su refugio.
Hobart temblaba. La araña medía casi un metro desde los feroces artejos al extremo del abdomen. Cada pata tenía un metro y medio de largo, al menos. Si le atrapaba, podía darse por muerto.
Miró hacia arriba. Los árboles parecían perderse en las nubes, altísimos, de hojas gigantescas, que emitían fuertes susurros al ser agitadas por la brisa. El

río le pareció un anchuroso mar, de corriente indescriptiblemente rápida.
Lo curioso era que la caña tenía unas dimensiones normales. Ya no se movía y Hobart pensó que podía utilizarla como arma defensiva, sobre todo en la mitad inferior, más recta y menos flexible. Además, tenía una navajita en' el bolsillo.
De repente, se oyó un agudísimo grito de mujer:
-¡Soporro!
Hobart echó a correr hasta el borde opuesto de la barrera de hierbas y, al llegar allí, después de separar dos enormes tallos, presenció una escena singular.
La cazadora de mariposas estaba en el suelo, defendiéndose, como podía, de un gigantesco lepidóptero, cuyas dimensiones resultaban indescriptibles. La trompa espiral de la mariposa se movía, enrollándose y desenrollándose velozmente, en dirección a la joven, a la vez que agitaba sus alas con rápido ritmo, tremendamente furiosa al parecer.
Hobart se sentía estupefacto. Siempre había. creído que las mariposas eran pacíficas, pero ahora tenía ante sus ojos una muestra de todo lo contrario. Como fuese, la entomólogo se hallaba en un grave apuso y era preciso ayudarla.
-¡Aguante un minuto! ¡Ahora voy! -gritó.
Hobart corrió hacia su caña y la partió en dos pedazos, quedándose con el más grueso, con el que, a modo de lanza, atacó al lepidóptero por debajo. La caña se clavó en su abdomen, del que empezó a brotar en el acto una repugnante sustancia purulenta de color amarillento.
La mariposa, sorprendida, se separó un poco del suelo, pero volvió inmediatamente a la carga. El viento que movían sus alas resultaba un huracán. A su lado, la joven, armándose con un tallo de hierba, se dispuso a colaborar también en la defensa.
-Esto es una pesadilla -dijo Hobart.
-Siga, siga -le apremió ella.
Inesperadamente, la mariposa alzó el vuelo, con tremendo estrépito de alas que se movían vertiginosamente, y se alejó a toda velocidad. El viento que hizo al despegarse del suelo, derribó a la pareja.
Una mosca, del tamaño de una casa pequeña, les miró malignamente con sus ojos compuestos por múltiples facetas. De pronto, se oyó un espantoso zumbido.
Un abejorro descendió raudamente de las alturas. La mosca huyó. Hobart gateó por el suelo.
-Será mejor que nos escondamos entre la vegetación-propuso-. Rápido, sígame.
Dos enormes tallos de hierba, cuyo grosor no bajaba ahora del medio metro, les sirvieron de protección. De repente, se desencadenó una tormenta de viento y ruido.
Un pájaro gigantesco, cuyas dimensiones escapaban a todo lo imaginable,

descendió de las alturas y atrapó al moscardón con el pico, alejándose con enorme velocidad. Los tallos de hierba se doblaron y Hobart y la bella desconocida volvieron a caer de espaldas.
-Pero ¿qué diablos pasa aquí? -exclamó Hobart-. ¿Estamos en la Tierra todavía?
-Lo mejor será que me siga -dijo ella-;-. Creo que vamos a poder salir de aquí.
La joven se puso en pie y echó a correr hacia el trozo de suelo de dimensiones naturales. Robart la siguió. Algo, arriba, ocultaba el cielo por completo.
---¡Dios mío, eso parece un planeta...!
Una cosa colgaba de aquella colosal masa de color mate. Era una barquilla de enrejado metálico, pendiente de un cable, en cuyo interior se metió la joven sin vacilar.
-Venga -llamó.
Hobart no se hizo repetir la invitación y saltó al interior de aquella especie de cajón. Inmediatamente, vio que se alejaba el suelo.
-Nos suben... ¿adónde? -preguntó.
-Supongo que al lugar donde podremos recuperar el tamaño habitual-dijo la joven-. Me presentaré: doctora Syra Hunt.
-Tanto gusto -dijo él-. Yo soy Clyde Hobart. ¿Puede explicarme qué ha pasado aquí?
-Si -contestó Syra, de muy mal humor, al parecer-. Algún idiota ha querido divertirse a costa de nosotros, empleando el procedimiento R.
Hobart respingó.
--¿Qué es eso? -preguntó.
Pero ella no tuvo tiempo de contestarle. Súbitamente, se encontraron en el interior de un aeromóvil de transporte. Asombrado, Hobart comprendió, al ver los rostros de las personas que le rodeaban, que había recobrado sus dimensiones normales.
Algo cosquilleó el dorso de su mano. Bajó la vista y divisó una hormiga que corría desconcertada sobre su epidermis. Sacudió la mano y la hormiga desapareció de sus ojos.

***

La voz de la doctora Hunt sonaba excitada, furiosa.
-De acuerdo, lo admito; soy una persona muy distraída, pero siempre en cosas que no tienen nada que ver con mi trabajo. Lo reconozco, me dejé abiertos los grifos del lavabo...
- Y el agua ha estropeado un equipo que vale decenas de millones -dijo un hombre, que no parecía menos furioso que la joven doctora.
-Eso no me importa en absoluto. Los fondos de que dispone este departamento son ilimitados y nadie les va a pedir cuentas por un millón o por cien. Pero entiendo que no hay derecho a someter a una persona a la acción del procedimiento R, sin previo aviso y mucho menos sin su consentimiento.
-Lo siento, doctora; el coronel Fergus ignoraba que estuviese usted en aquellos parajes.

-Está bien, general -dijo ella-. Admito sus disculpas y le anuncio que me tomo tres días de vacaciones. Volveré el lunes a primera hora.
-De acuerdo, doctora; le presento mis excusas. Y procure no ser tan distraída en lo sucesivo. ¡Estuvimos a puntó de pedir un bote para poder desplazamos por este departamento!
La puerta se abrió de golpe y Syra, que ya se había cambiado de ropa, salió con paso vivo, la indignación todavía reflejada en sus hermosas facciones. Hobart, que aguardaba en la antesala, custodiado por dos fornidos policías de uniforme, agitó suavemente la mano, a la vez que le dirigía una ligera sonrisa.
-Usted ya ha despachado -dijo-. Ahora me toca a mí.
Ella le miró con simpatía.
-Sé lo que pretenden -manifestó-. Niéguese, Clyde.
-Descuide, doctora.
Syra caminó con paso largo y elástico. Abrió una puerta y, de repente, lanzó un agudo chillido.
-¡Socorro!
Hobart corrió hacia ella. Syra estaba agarrada a una de las hojas de la puerta, colgada sobre el vacío. El suelo estaba a cincuenta metros de distancia.
Las fuertes manos de Hobart alzaron a la joven a pulso y la depositaron en lugar seguro. Ella respiró, aliviada.
--Pero ¿qué idiota ha sido el que no ha puesto un cartel avisando que esta terraza está en obras? -protestó airadamente.
--¿Otra de sus distracciones, doctora?--dijo el general Davidoff con claro acento de burla--. Hobart, venga -ordenó imperativamente.
--No --contestó el joven.
Davidoff hizo un gesto a los policías.
--Empújenlo.
--Un momento --dijo Hobart~. Ese «no», significa mi negativa a cualquier cosa que vayan a proponerme. Naturalmente, no tengo inconveniente en escucharle, general.
--Resista --aconsejó Syra en voz baja.
Hobart se volvió hacia ella.
--Cuidado con la próxima puerta --le guiñó un ojo.
Ella le dirigió una deliciosa sonrisa. Se ajustó las gafas nuevamente, que habían estado a punto de caérsele con las sacudidas sufridas unos momentos antes, y buscó la correcta dirección de salida.
--Encantadora, incluso con lentes --suspiró Hobart.
--Déjese de tonterías, Clyde --bufó Davidoff.
--General, no llame nunca tontería a una mujer hermosa--dijo el joven con acento sentencioso, y cuando cruzaba la puerta del despacho, agregó--: Insisto en el no, señor.
--¿Seguro, Clyde? --sonó la voz de Ralston en aquel momento.
--¡Profesor! --exclamó Hobart.
Ralston empezó a cargar su pipa.

--Ofrézcale un cigarro, general --indicó.
--¿Acaso es el último cigarro del condenado a muerte?--preguntó Hobart mordazmente.
--Pudiera ser, si usted me llega a hartar, con lo que acabaría pegándole un tiro --contestó Davidoff--. A propósito, Clyde; ¿por qué escribió su dimisión en un papel tan fino?
--¿Cómo, general?
--He tenido el insigne placer de utilizarla esta mañana, cuando fui a descargar mi vientre. Calle, tome y fume -dijo Davidoff, a la vez que, a viva fuerza, metía el habano en la boca del joven, estupefacto por aquella declaración.
-Esto es... esto es... ---dijo Hobart, atragantándose de indignación.
-Es lo que usted quiera, pero irá a Kuastil.
-¡Kuastil! -chilló el joven, se quitó el cigarro de la boca-. Ni a rastras volvería allí...
-Irá y no se hable más.
-Gudrun prometió despellejarme vivo si volvía a verme.
-Haria bien, qué diablos. No es correcto abandonar a una dama, en el momento de la boda. Porque usted iba a casarse con ella, ¿verdad?
-Sí, señor.
-Y, dígame, ¿qué le hizo huir?
-Bueno, me di cuenta de que iba a ser un monigote... el semental de una hermosa mujer, pero también un cero a la izquierda. Y, además, un buen amigo me dio «un soplo».
-¿Qué «soplo», Clyde? -inquirió el profesor.
-A ellos no les gustaba que su reina se casara con un extranjero. Son terriblemente xenófobos, y ya les cuesta tolerarla a ella, profesor. Aparte de eso, había podido sondear el carácter de Gudrun. Es espantosamente autoritaria. Me gustan las mujeres enérgicas, siempre que su energía no sobrepase ciertos límites.
-Bueno, todo eso se ha olvidado ya --intervino de nuevo el general--. El caso es que es usted el único que conoce la residencia de Gudrun mejor aún que este Cuartel General y, por tanto, ha sido designado voluntario para ir allí y recuperarlos, o por lo menos, destruir los documentos que sus agentes nos han robado muy recientemente.
--Deben de ser unos documentos muy importantes, ¿no?--dijo Hobart.
--Mucho --contestó Ralston--. ¿Qué le ha parecido nuestro experimento?
--Aterrador --contestó el joven sin vacilar--. ¿Eso es... lo que hace el procedimiento R?
--Usamos con usted un aparato de campo limitado y, por tanto, la reducción se limitó a la proporción de cien a uno. Pero los documentos que nos robó Gudrun, aunque lo hicieran sus agentes, son planos de una máquina inmensamente más poderosa..., ¡con la cual podría reducir la Tierra al tamaño de una pelota de fútbol!

CAPITULO III

--Ustedes, los científicos, son capaces de todo --refunfuñó Hobart, quien no acababa de salir de su asombro, a pesar de que había encendido ya el habano y tomado un par de copas de coñac, ofrecidas por el general--. ¿Por qué no se les ocurrió inventar algo más benéfico? Por ejemplo, una máquina que permitiera vivir sin trabajar a todo el mundo...
--No diga tonterías, Clyde --masculló Davidoff--. El asunto es muy grave, aunque usted pretenda tomarlo a broma. En Kuastil están sólo ligeramente menos adelantados que nosotros. Pero ahora, con los planos, podrán construir esa máquina y conquistarnos, si se les antoja, cosa que, por otra parte, me parece es lo que pretenden.
--Pero esa reductora, general, debe de necesitar una energía inmensa --alegó el joven.
--¿Para qué cree que tenemos el Sol, Clyde? -dijo Ralston--. La energía solar, debidamente transformada, es ilimitada, y se puede utilizar en cantidades ilimitadas. Es un grifo que mana continuamente, sin agotarse jamás, y lo que brota de ese liquido se desperdicia en su casi totalidad. Concentrando la energía en un punto, se puede...
---Basta, no siga, profesor --cortó Hobart-- Supongamos, pero sólo supongamos, ¿eh?, que acepto. ¿Cómo iré hasta allí?
--Yo le llevaré, no se preocupe. Tengo que dictar un curso de ultrafísica. Estoy contratado por la Primera Universidad de Kuastil y debo partir en fecha muy próxima.
--Concretamente, el lunes venidero--puntualizó Davidoff.
--Sí, pero ¿cómo? ¿Tendré que disfrazarme?
Ralston sonrió.
--Oh, no, en absoluto --contestó--. Irá en mi alfiler de
corbata.
Hobart miró al profesor como si éste se hubiera vuelto loco repentinamente.
--¿Usa alfileres de corbata tan grandes como yo? --preguntó burlonamente.
Davidoff fue a decir algo, pero Ralston extendió una mano.
--Déjeme, generalpidió--. Clyde, ¿cuánto mide usted?
--Uno noventa, aproximadamente.
--El experimento reductor de que ha sido objeto hoy, porque¡ queríamos hacerle una demostración práctica, se ha realizado a una escala más bien modesta: cien a uno, exactamente. Es decir, le hicimos cien veces más pequeño, de modo que su estatura quedó en algo menos (de dos centímetros.
--No le deseo a nadie que pase por ese experimento—dijo Hobart, estremeciéndose todavía al recordar la araña que le había parecido un mastodonte de ocho patas.
--Lo siento, era necesario.
--Esa es su opinión, profesor. La mía, sin embargo, es muy distinta.
--lrá; no tiene otro remedio -gruñó Dávidoff.
--Calma, general --rogó Ralston--. Clyde, esto es muy importante. No podemos recurrir a la guerra, para recuperar esos documentos. Kuastil está

bien armado, como nosotros, y en ese conflicto perecerían millares de millones de personas. Sólo una debe correr los riesgos que lleva consigo la operación. Pero estoy seguro de que sabrá salvar todos los obstáculos y rescatar o, por lo menos, destruir los documentos. Preferible el rescate, ¿comprende, muchacho?
--$í, lo comprendo demasiado bien –contestó Hobart de mal talante--. Tengo que ir…en su alfiler de corbata, ha dicho.
--Exactamente. Clyde, el procedimiento R puede ser utilizado a la inversa, es decir, se pueden aumentar las cosas de tamaño. Por tanto, sometimos mi alfiler de corbata a la acción de la máquina y lo agrandamos hasta que la piedra que tiene en el centro alcanzó los cinco metros de grosor. Equipos especiales la ahuecaron por el interior y luego metieron dentro los muebles necesarios, incluyendo reserva de oxígeno, un depósito de víveres y hasta un botiquín médico. Luego, se redujo a su tamaño normal y...
Ralston se tocó la corbata.
--Muchos me llaman anticuado por usar algo que ya resulta ridículo en pleno siglo XXIII, pero ahora la corbata y su alfiler van a resultar utilísimos. Aquí, en el interior de esta piedra, viajará usted con todas las comodidades que podría encontrar en el interior de una astronave.
Hobart acercó los ojos al pecho del profesor y contempló el rubí que adornaba el alfiler de corbata. Medía casi diez milímetros de ancho y su grueso superaba holgadamente los seis.
--¿Ahí... adentro?
--Sí.
--Entonces ¿cuál será la proporción de la reducción de tamaño?
--Mil a uno.
Hobart sintió un escalofrío.
--Me harán mil veces más pequeño.
--Sí, justamente.
--¿No habrá después secuelas para el organismo?
--En absoluto.
--¿Cuándo me... me desminiaturiazarán? ¿Se dice así?
--Desminiaturizar --puntualizó Ralston.
--Lo mismo da --rezongó el joven--. ¿Cuándo?
--Después de la apertura del curso escolar, habrá una fiesta en palacio. Es algo protocolario y, naturalmente, será presidida por la reina.
--Siga, profesor.
--Dentro de su... habitación, tendrá un propulsor individual que, lógicamente, habrá sido reducido también. Con él podrá volar hasta la habitación donde está la caja fuerte, en que han sido guardados los documentos.
--Una caja fuerte es algo hermético, profesor. Ni siquiera una molécula de aire puede pasar a su interior.
--Dispondrá de una perforadora, de tamaño relativamente grande, en comparación con el suyo, mediante la cual podrá practicar un túnel en el

metal. Entrará en la caja...
--Y me encontraré con unos documentos gigantescos. No podré traerlos a través de ese agujero.
--Espere, hombre, aún no he terminado. En su equipo figurará también una reductora, de acción muy limitada, pero lo suficiente para poder disminuir el tamaño de esos documentos lo bastante para poder guardarlos en el seno.
--En resumen, iré cargado como un mulo.
--Usted es fuerte y el propulsor capaz de hacer volar un peso de trescientos kilos, aunque, naturalmente, ese peso quedará reducido en la proporción adecuada.
--Sí, trescientos gramos, ¿no es así?
--El peso disminuye mucho más. Puede que no llegue a los treinta gramos, Clyde.
--Bien, ¿y después?
--Después, volará de vuelta a su refugio en el alfiler de corbata, que yo cambiaré a la primera ocasión que tenga con el embajador, quien lleva uno igual. Y eso no extrañará, porque ese alfiler es la insignia de nuestra graduación en la Universidad y el embajador y yo nos graduamos juntos.
--Lo ha previsto todo --refunfuñó el joven.
-- Todavía quedan más detalles, pero faltan tres días y
hay tiempo de sobra para completar las instrucciones --respondió Davidoff.
--Ah, otra cosa --dijo Ralston--. Con su equipo, se le entregará una tableta, mediante la cual podrá usted solucionar una situación especialmente crítica, y que no tenga otra salida.
--Sí, la tableta del suicidio, ¿eh?
--Se equivoca. La tableta para recobrar el tamaño normal en diez segundos.
--Oh, eso sí está bien ideado-.aprobó Hobart--. De modo que me reducirán mil veces...
-- Y, por lo tanto, su estatura quedará en un milímetro y nueve décimas.
Davidoff, de pronto, se situó detrás de su mesa, rebosante de papeles.
--Tengo aquí los planos del palacio --dijo--. Se han hecho algunas modificaciones... Además, disponemos de una lista de las personas más allegadas a Gudrun. Conviene que se aprenda algo de memoria...
Hobart se encaminó hacia la ventana más próxima y la abrió de par en par. Respiró el aire a pleno pulmón. El parque cercado ofrecía un aspecto rebosante de verdor. A lo lejos, se veían las montañas azules cubiertas de nieve sus cimas. El cielo era esplendente, sin apenas nubes.
¿Cuándo volvería a contemplar aquel paisaje tan familiar? ¿Cuánto tiempo estaría en Kuastil? ¿Saldría todo bien?
Las preguntas se agolparon en su mente. Y, en cierto modo, aunque había refunfuñado y protestado, la aventura tenía un interés que espoleaba su ánimo.
Sonrió para sí. Burlarse, birlarle el arma secreta con la que pretendía convertir a la Tierra en un balón de fútbol, lo que le permitiría llevársela bajo el brazo...
De repente, se abrió la puerta.

--Perdonen --dijo la doctora Hunt--. Creo que me he dejado aquí...
Davidoff soltó un atronador bramido:
--¡Esa puerta!
Una violentísima corriente de aire hizo volar todos los papeles de la mesa. Davidoff volvió a bramar, mientras intentaba inútilmente retener los documentos, que se esparcieron casi de golpe por todo el ámbito del despacho. Por fortuna, Hobart se dio cuenta a tiempo y cerró la ventana, con lo que impidió que algunos documentos volaran al exterior.
Davidoff, rojo de ira, miró a la recién llegada.
-Doctora...
Syra aparecía confusa en la entrada.
--Perdonen, no me di cuenta... Es que... Verán, un agente de tráfico me ha puesto una multa; me salté una señal aérea en rojo y... Es que había olvidado mis lentes.
--Sus lentes ---dijo Davidoff--. ¡Sus lentes! ¡Los lleva puestos, doctora!
La cara de Syra tomó de repente un acusado color rojo. --Oh, Dios mío, qué distracción…
Davidoff se puso una mano delante de los ojos.
--Profesor, a mi me va a dar algo –dijo.
Hobart estaba a punto de explotar de risa. Ralston parecía muy ocupado en estudiar la cazoleta de su pipa. Syra miró el suelo, cubierto de papeles y, de pronto, roja todavía como una guinda, dio media vuelta y echó a correr.
Ralston fue el primero en reaccionar.
---Está bien, caballeros; organicemos esto nuevamente
--dijo--. Hay mucho trabajo por delante y el tiempo es más
bien limitado.
--Les ayudaré a recoger los papeles --sonrió Hobart. Syra era una chica encantadora y aún le gustaba más, cuanto más distraídamente se comportaba. A su regreso de Kuastil, se dijo, intentaría profundizar en sus relaciones con la doctora Hunt. Merecía la pena.

***

El alfiler de corbata estaba en el centro de la vasta estancia, directamente sobre el suelo. Su rubí emitía vivos fulgores al reflejar la luz de las lámparas del techo. El pavimento era absolutamente liso, repasada su superficie una y otra vez, a fin de eliminar en lo posible todos los obstáculos.
La estancia era de forma cilíndrica y tenía un diámetro aproximado de seis metros, con dos puertas, situadas casi opuestamente. En uno de los lados, a cuatro metros del suelo, se veía una gran mampara de cristal, detrás de la cual estaban los operadores del procedimiento R, Ralston y Davidoff eran también espectadores interesados en la operación.
Una luz se encendió en uno de los tableros de control. Alguien dijo:
--Preparados para el comienzo de la operación. El sujeto puede penetrar en la cámara de reducción. Suspendidas todas las demás operaciones.
Una de las puertas se abrió. Hobart, vestido con un simple mono de color

azulado, penetró en la habitación circular. Pendiente del hombro llevaba algo que hizo enrojecer a Davidoff.
--No le autorizamos a llevar un rifle...
--General, T-l0 debe .tener cierta autonomía de acción--dijo Ralston sensatamente--. A la escala a que va a ser reducido, la araña más diminuta, el insecto más pequeño, puede resultarle tan peligroso como un león. Me parece estupendo que se lleve el rifle, se lo aseguro.
--Está bien --accedió Davidoff.
--Tenga en cuenta que su tamaño será en lo sucesivo de diecinueve décimas de milímetro. No encontrará muchas dificultades en su tarea, general.
--Usted siempre encuentra algo para disculpar a ese indisciplinado individuo...
--¡Sesenta segundos para iniciar el procedimiento R, mil a uno! --anunció alguien por un micrófono.
Ralston agarró otro micrófono.
--Clyde, ¿me oye bien? --llamó.
Hobart disponía de un transmisor de radio y asintió con la cabeza, a la vez que respondía:
--Le oigo fuerte y claro, profesor.
--Sitúese lo más cerca que pueda del alfiler. Procure no pisarlo.
--Está bien. ¿Algo más, profesor?
--A ser posible, no volveremos a comunicamos hasta que esté dentro del rubí; las vibraciones resultarían demasiado fuertes. Lo haremos solamente en caso. absolutamente necesario.
--Entendido, profesor.
--¡Cuarenta segundos para el punto cero!-- bramó un altavoz.
--¡Bloqueen las dos puertas! --ordenó el general--. Que nadie pase al interior de la cámara de reducción.
Un operador tocó dos teclas.
--Puertas bloqueadas --informó.
--Treinta segundos para el punto cero.
--¿Lo oye, Clyde? --preguntó Ralston.
Hobart levantó la vista hacia arriba. Sobré su cabeza, había un gigantesco disco, cuya superficie inferior estaba compuesta por centenares de brillantes facetas exagonales. El alfiler de corbata y él estaban justamente bajo el centro del disco.
--Sí, lo oigo.
--Veinte segundos. A partir de ahora, los contaremos de uno en Uno. Diecinueve, dieciocho...
Hobart inspiró con fuerza. Dentro de unos segundos, su cuerpo se habría reducido mil veces. El rubí le parecería una cosa gigantesca...
El operador seguía contando:
--Doce, once, diez...
Hobart se ajustó maquinalmente el cinturón.
--Deséeme buen viaje, profesor --sonrió.

--Yo me cuidaré de ello, muchacho --respondió el aludido.
--Siete segundos, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...
En aquel instante, se abrió una de las puertas y alguien, con unos papeles en la mano, en los que tenía concentrada toda su atención, penetró en la cámara de reducción, y avanzó distraídamente hacia el centro, sin percatarse en absoluto del lugar en que se hallaba. Hobart abrió la boca para decir algo, pero ya no tuvo tiempo.
Davidoff se levantó convulsivamente.
--¡Alto! ¡Maldita sea! ¡Paren la operac...!
--¡Cero! --gritó el operador, a la vez que apretaba a fondo una de las teclas del cuadro de mando.

CAPITULO IV

Syra Hunt fue detenida bruscamente por una mano que se cerró sobre su brazo.
--¡Cuidado.! --gritó Hobart--. ¡Va a pisar ese alfiler!
Ella miró asombrada a su alrededor. En el mismo. instante, las paredes de la cámara se alejaron rapidísimamente.
--¡Clyde!--gritó la joven.
Sobre sus cabezas, el disco. facetado brillaba con cegadores resplandores. El alfiler de corbata aumentó de tamaño rapidísimamente.
--¿Qué pasa aquí? --gritó Syra.
--¡Suspendan la operación! --bramó Davidoff en el cuarto de control.
--Imposible, general --contestó el jefe de operadores. –
-Pero, maldita sea...
Delante de Hobart, el rubí aumentó de tamaño hasta parecer una casa semiesférica, aunque facetada, de regulares dimensiones. Protegido por la cúpula aislante, parecía inmenso.
--¿Por qué no se puede suspender la operación? --preguntó Davidoff.
--En sus últimos instantes, aunque de modo automático, la reductora continúa operando con gran lentitud, a fin de alcanzar el tamaño programado --contestó el jefe de operadores--. Sólo entonces se podrá iniciar la operación en sentido opuesto, si bien será preciso dejar pasar un minuto, como mínimo, general.
--¿Por qué?
--Es preciso evitar un shock demasiado fuerte a los pacientes --explicó Ralston calmosamente.
--Y luego, vuelta a empezar...
--Temo que sí, general.
En el tablero de mandos brilló de repente una luz ámbar.
--Operación concluida --anunció alguien.
--Bien, aguardaremos un minuto...
Repentinamente, el resplandor de la reductora se extinguió por completo. Un par de lámparas rojas se encendieron en el acto.
--¿Qué pasa ahora? --rugió Davidoff.

--Lo siento, señor--contestó el jefe de operadores--. Se han quemado los cables de energía. La reductora ya no funciona en ningún sentido.
--Pero, mil diablos... ¿Por qué?
--Exceso de energía. La máquina, se lo dije, actúa automáticamente, una vez puesta en marcha. Sin embargo, había sido programada para una persona y, al encontrarse con otra, ha tenido que redoblar literalmente su esfuerzo, con lo que ha consumido una cantidad de energía muy superior a la normal. Los cables, simplemente, no lo han resistido.
--¿Llevará mucho tiempo reparar esa avería? –preguntó Davidoff.
Ralston consultó su reloj.
--General, no importa el tiempo que cueste reparar ese desperfecto --dijo-. Pero yo no dispongo del suficiente para esperar a las reparaciones, realizar la operación en sentido inverso y volver a empezar de nuevo. O perderé mi astronave.
--Haré que la detengan...
--Claro, y así sospecharán que algo nos traemos entre manos, ¿verdad? --dijo Ralston cáusticamente--. Mi viaje también está muy programado al minuto, y no puedo dejar de asistir a la apertura de curso en la Primera Universidad de Kuastil. Cualquier otro método de introducción de nuestro agente en el palacio de Gudrun, resultaría sospechoso y nuestros esfuerzos habrían sido hechos en vano.
--Entonces, ¿hemos de dejar que ella siga así?
--¿Qué quiere decir, general?
--Me refiero a esa campeona de las distracciones, la doctora Hunt --barbotó Davidoff--. ¿Qué diablos hacemos con ella?
--Informe del centro de averías --sonó una voz gangosa--. Reductora totalmente inutilizada. Repito, totalmente inutilizada. Se precisa la construcción de una nueva.
Davidoff se cubrió la cara con ambas manos.
--Habrá que decírselo... --gimió.
Ralston tendió la vista hacia el centro de la cámara de reducción, en donde ya no se veía otra cosa que el alfiler.
--Quizá ese despiste de Syra haya sido providencial --murmuró. Agarró el micrófono y lo sostuvo tan lejos de su boca como alcanzaba su brazo completamente estirado.
--Clyde, ¿me oye usted? --preguntó en voz muy baja.
--Sí, profesor, pero no grite tanto --rogó Hobart.
--Estoy hablando lo más suave que me es posible –dijo Ralston-. Clyde, ahora apartarán la cúpula protectora. Entre en el rubí con Syra.
--¿Qué? --gritó el joven--. ¿Se han vuelto locos?
--No hay otra solución --contestó Ralston gravemente.

***

Una fuerza invisible levantó la semiesfera transparente que había protegido al alfiler de corbata de los efectos de la reductora. Hobart avanzó hacia el rubí el

cual, en comparación con su actual estatura, parecía tener cinco metros de alto.
Una de las facetas era una puerta, con sus bisagras y su picaporte, los cuales, pensó Hobart, no se verían por unos ojos normales, a menos que se utilizase un microscopio. Despues de abrir, se echó a un lado.
--Pase, doctora --dijo.
Syra cruzó el umbral.
--Me siento consternada --manifestó--. Nunca pude imaginarme...
--Será mejor que dejemos eso ahora. Le guste o no, tiene que acompañarme en la aventura. Pero le diré una cosa.
--Sí, señor --contestó ella mansamente.
--Yo llevo el peso de la operación. Usted se limitará estrictamente a cumplir mis órdenes, sin separarse un milímetro de lo que le haya dicho en cada ocasión. ¿Está claro?
--Sí, señor.
--Deje de llamarme «señor» --rezongó Hobart, malhumoradamente-. Mi nombre es Clyde.
Paseó la vista por el interior del rubí. Era una habitación muy grande, dotada de todo género de comodidades, desde una cama, a la pequeña cocina, más el armario de las conservas y el gigantesco frigorífico capaz de contener alimentos para diez personas durante dos meses. Asimismo había un cuarto de baño, aislado, y hasta una pequeña biblioteca, con un centenar de obras de los más diversos autores.
Había también lámparas situadas en lugares estratégicos. Adosado al techo, Hobart divisó lo que parecía una enorme burbuja y que no era otra cosa que el depósito del agua potable. Tal vez contenía solamente veinte milímetros cúbicos, pero, en dimensiones normales, su capacidad debía de ser de unos sesenta o setenta metros cúbicos.
Torció el gesto. Sólo había una cama y era más bien espartana. Tendría que dormir en el suelo, sobre la alfombra, pensó. No había diván, sólo una silla y un cómodo butacón de orejas.
Tanto la silla como el sillón estaban provistos de correas de sujeción y, mediante un sencillo mecanismo, que se accionaba por una palanca situada en el lado derecho, podían fijarse al suelo o soltarse para cambiar de emplazamiento.
La radio llamó de pronto:
--Hobart...
--¿Profesor?
--Ya sabe que la reductora es ahora un montón de chatarra. Podrían utilizar su tableta normalizadora, pero la doctora quedaría en la misma situación.
--Lo sé, profesor.
--Aunque no lo estime así, ella puede resultarle muy útil en determinados momentos.
--Hombre, eso está muy bien --exclamó Hobart alegremente--. Si tenemos en

cuenta la duración del viaje...
--No piense en esas cosas, lascivo individuo- -le apostrofó Syra.
--Yo lo decía en otro aspecto --manifestó Ralston, que había escuchado la conversación--. Puede que se encuentre en un apuro; la doctora es muy mañosa, a pesar de sus distracciones.
--Y sé cocinar --exclamó ella orgullosamente.
--Muy bien. La cosa ya no tiene remedio, de modo que van a viajar conmigo. Ahora, tal vez, su «casa» se moverá un poco. Cuando haya llegado a mi camarote en la astronave, dejaré el alfiler sobre una superficie tranquila. ¿Entendido?
--Tenga cuidado con los ladrones. A veces, en las astronaves de pasajeros, viajan tipos con dedos muy largos.
--No descuidaré ese aspecto, Clyde. ¿Necesitan algo más?
--Por mi parte, no --contestó Hobart.
--¿Doctora?--consultó.
--Profesor, encargue a alguien que cuide mi canario --pidió Syra.
Hobart levantó los ojos al techo.
--Señor --murmuró.
--Está bien, siéntense y sujétense con los cinturones. Voy a ponerme el alfiler en la corbata.
Hobart cedió el sillón a la joven y él se sentó frente a ella. A los pocos segundos, anunció:
--Listos, profesor.
--Buen viaje --les deseó Ralston.

***

La casa dejó de moverse. Hobart se quitó el cinturón y se acercó a Syra que parecía hallarse en muy mal estado.
--La acompañaré al lavabo -dijo--. Si siente deseos de devolver, hágalo sin cumplidos, doctora.
En aquel momento, sonó la voz de Ralston:
--Están en lugar inmóvil. ¿Cómo se encuentran?
--Ella está muy atareada. Supongo que se le pasará pronto, profesor --dijo Hobart.
--Lo siento de veras. Hay un pequeño botiquín. Encontrarán píldoras contra el mareo. Clyde, ya no volveré a llamarles, de no ser absolutamente necesario, hasta que vuelvaa ponerme el alfiler en la corbata.
--Está bien, profesor.
Sosteniendo a la joven por la cintura, Hobart la acompañó al cuarto de baño.
--No hace falta que entre --dijo ella--. Puedo mantenerme en pie.
--Muy bien. Tendré café preparado cuando salga, doctora.
Hobart se acercó a la cocina eléctrica, alimentada, como las lámparas y todos los mecanismos interiores, por la unidad de energía situada en el «piso» del rubí, y que consistía en una micropila nuclear, capaz de funcionar ininterrumpidamente durante un año entero. Consultó los indicadores de

temperatura, presión y oxígeno y luego puso una cafetera sobre el hornillo.
El viaje iba a durar un mes. No resultaría agradable compartir aquel espacio, que, de repente, se había reducido, con otra persona y, aún más, del sexo opuesto. Los roces resultarían inevitables y ello podía derivar en consecuencias del todo imprevisibles.
Maldijo el espionaje y al que lo había inventado, y se maldijo a sí mismo por haber adoptado una profesión que, atractiva en un principio, luego había acabado por odiar. En cuanto volviese a la Tierra, se prometió, se buscaría cualquier otro empleo.
--Aunque sea de conductor de un camión de la limpieza—masculló.
Syra salió a los pocos momentos, pálida, pero rehecha.
--Me siento mejor --declaró.
--Lo celebro. El café estará dentro de un par de minutos. ¿Le pongo unas gotas de coñac?
--No, gracias. Señor Hobart... Perdón, Clyde.
--Sí, diga, por favor.
--Quiero puntualizar algo desde este mismo momento, a fin de dejar bien sentado cuál va a ser nuestro comportamiento, mientras dure la actual situación. ¿Me comprende usted?
--Perfectamente, doctora. Hable sin miedo. En peores me he visto.
--Somos un hombre y una mujer, reunidos aquí por las circunstancias. Tengo entendido que usted es aficionado a las faldas, cosa nada reprobable en cualquier otro lugar. Sé que soy joven y atractiva..., pero olvídese de mí en absoluto. No intente ejercitar conmigo sus dotes de seductor, ¿esta claro?
Hobart sonrió.
--¿Teme ser envuelta en las redes de mi atractivo varonil?--preguntó desenfadadamente.
--Oh... --se ruborizó ella.
--Doctora, cualquier otra mujer, en su situación, no habría dicho semejante sarta de tonterías, porque habría dado como sentado algo que es lógico en las presentes circunstancias: sólo somos dos forzosos compañeros de viaje y a mí lo único que me interesa es llevar a cabo la misión que me han encomendado. ¿Está claro también? Entonces, olvide lo que ha dicho y compórtese como una persona y no como una mujer temerosa de que llegue la noche.
--Señor Hobart, es usted un... un...
De repente, Syra se calló. Hobart tenía la vista en algo que había detrás de ella. Alarmada, se volvió y entonces divisó algo que la llenó de horror.

CAPITULO V

El monstruo se movía lentamente, agitando los largos pelos que sobresalían de su cuerpo cilíndrico. Había salido de debajo de la cama, donde había permanecido hasta aquel momento, y reptaba con siniestras ondulaciones hacia el lugar donde se encontraba la joven.
Era una cosa horrible, sin boca, sin ojos, sin orificios nasales, un largo cilindro, de consistencia en apariencia gelatinosa, de veinticinco centímetros

de grueso, por metro y medio de largo. Todo su cuerpo estaba cubierto de largos pelos, algunos de los cuales alcanzaban los cuarenta centímetros, que se agitaban en largas ondulaciones, como las mieses maduras al ser recorridas por la brisa de un atardecer veraniego.
Syra estaba paralizada por el horror. El monstruo se hallaba ya a un metro escaso de ella. De pronto, de su redonda extremidad delantera, surgieron unos largos tentáculos, ondulantes, estremecedores, que tantearon el aire y rozaron una de las piernas de la joven.
Hobart dio un salto hacia adelante y la apartó bruscamente. Los tentáculos golpearon el suelo, errado el golpe. El cuerpo del monstruo pareció agitarse furiosamente y el movimiento de sus cilicios se hizo mucho más rápido.
--Atrás, doctora --gritó Hobart--. Si uno solo de esos tentáculos roza su piel, puede considerarse muerta.
Retrocedió cautelosamente y descolgó el rifle que había dejado en una de las paredes. Cargó el arma y apuntó con todo cuidado.
El primer disparo atravesó oblicuamente el cuerpo del monstruo, del que empezó a manar inmediatamente un repugnante líquido amarillento. Pero eso no detuvo en absoluto sus movimientos.
Hobart se dijo que debía hacer fuego desde otra posición. Tendiéndose en el suelo, procuró que el cañón del arma estuviese en línea con el eje longitudinal de la bestia. Apretó el gatillo y el monstruo se paralizó de un modo instantáneo.
Los cilicios cayeron flojamente sobre sus costados, perdida ya la fuerza de sustentación. Hobart se incorporó y miró fijamente a la bestia.
--Nunca había visto una cosa tan horrible --confesó.
--¿Qué es, Clyde? --preguntó Syra.
--Probablemente, la larva de algún insecto, que quedó por descuido en el interior del rubí --contestó él--. Tengo la seguridad de que no lo desinfectaron bien, si es que se les ocurrió semejante posibilidad. Pero podía haber muerto, créame.
--¿De verdad?
--Esa larva necesitaba alimento. Los tentáculos habrían llenado de toxinas su cuerpo. Imagínese el resto.
Syra asintió.
--Es enorme --dijo.
--No lo crea. En estado normal, debe de medir sólo unas décimas de milímetro de diámetro.
--Pero nosotros, me parece, la vemos de tamaño natural...
Hobart frunció el ceño. De pronto, se acercó a la cama, y levantó la colchoneta.
--Hay una red metálica --dijo--. Probablemente, anuló
los efectos de la reductora.
--Bien, es una explicación que puede servir, pero ahora tenemos que enfrentamos con un serio problema, Clyde. ¿Vamos a permanecer un mes

seguido con el cadáver de esta bestia?
--La solución es sencilla, pero asquerosa. Le aconsejo se encierre en el baño.
--¿Por qué?
-- Tengo que hacer pedazos esta bestia y arrojarla por el triturador de basura.
Syra lanzó un grito a la vez que se ponía la mano en la boca. Tambaleándose, corrió hacia el cuarto de baño, cuya puerta cerró de golpe.
Hobart volvió a mirar al animal muerto y torció el gesto.
--Luego tendré que hacer yo Jo mismo --murmuró, mientras se acercaba a la cocina en busca de un cuchillo.

***

Tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en el borde del sillón, Hobart soplaba aire en la armónica. Syra, recostada en la cama, hizo un gesto de impaciencia.
--¿Es que no conoce otra melodía? --exclamó de pronto.
Hobart dejó de tocar el instrumento.
--A mí me gusta mucho --contestó.
--Pero a mí no... Oh, le ruego que me dispense; estoy un poco nerviosa.
--También tengo yo un poco de culpa --dijo Hobart--. La situación no es muy agradable que digamos. Y no es por usted; si estuviese solo, diría lo mismo.
Ella se puso de costado en la cama.
--¿A quién se lo diría, Clyde?
-Al espejo, naturalmente. Oiga, ¿a quién se le ocurrió este asunto de la reducción?
--Es un grupo muy selecto de científicos, a cuyo frente se encuentra el profesor Ralston. Y, aunque, modestamente, yo también he puesto mi granito de arena en el proyecto.
--Vaya, es una noticia. Y ¿en qué ha consistido su parte de ese trabajo, doctora?
--Químíca..., bioquímica, para ser más exactos. Estudio de las reacciones que la reducción de tamaño puede causar en el organismo humano.
--¿Pueden ser graves?
--No, porqe se reduce todo al mismo tiempo y el cerebro no resulta afectado, como ha podido comprobar.
--Sí, pero la vuelta al estado normal...
--Producirá un ligero shock, una especie de mareo, que no durará más allá de un minuto o cosa así. Nada de importancia, se lo aseguro. Además, usted ya lo experimentó, cuando le sometieron a la acción de aquel campo reductor portátil.
--Sí, pero era una reducción uno a cien..., o cien a uno, como quiera definirlo. Pero ahora se trata de uno a mil y la cosa varía mucho, aunque parezca la misma.
--No tema. Sobrevivirá.
Hobart soltó una risita.
--¿De qué se ríe? --preguntó Syra, sorprendida.

--Doctora, se ve que no ha estado en Kuastil ni conoce a la reina Gudrun. Si sus esbirros me atrapan, no sobreviviré, se lo aseguro. Ni usted tampoco.
--No es un panorama demasiado alentador el que me pinta --se quejó la joven.
--Si el panorama fuese alentador, no habrían necesitado reducir mi cuerpo a la milésima parte --contestó él--. Los agentes de Gudrun robaron unos documentos importantísimos y ella, bueno, su Estado Mayor, harán todos los posibles por conservarlos. Incluyendo mi muerte, como puede imaginarse.
--Sin embargo, no saben que yo estoy aquí...
--A ellos no les importará encontrar a un polizón. De todos modos confío en que el plan dé resultado.
--Yo también lo espero así --dijo Syra-. Sería horrible que Kuastil consiguiera fabricar la reductora gigante. Imagínese, la Tierra convertida en un balón de fútbol...
--¿Qué pasaría después, doctora?
--Podrían arrancarla de su órbita con gran facilidad y situarla en las inmediaciones de Kuastil. Durante el trayecto harían funcionar un sol artificial, a fin de que las actividades de los habitantes del planeta no sufriesen perturbaciones. Luego situarían esa pelota en algún lugar conveniente para ellos y...
--¿Y...?
--A trabajar para Kuastil
Hobart apretó los labios.
--Eso es un atraco --murmuró.
--Sí --confirmó ella--. Un atraco.., pero en sus manos está evitarlo, ¿no le parece?
--¡Hum! --dudó el joven--. La cosa no va a resultar tan senci1la como parece. Usted se quedará aquí, aguardando mi regreso, supongo.
--Claro. ¿Qué puedo hacer yo en un lugar que me es absolutamente desconocido y en una acción para la que no estoy preparada en absoluto?
--Eso sí es verdad --reconoció Hobart--. Por lo visto, sus distracciones son famosas...
--Le ruego no me lo recuerde --pidió ella con vehemencia--. Lo siento, no lo puedo evitar; a veces me distraigo en las cosas más nimias.
--Bueno, no se aflija, no es usted la única persona distraída del equipo. Alguien anunció que las puertas de acceso a la cámara de reducción estaban bloqueadas y usted entró allí tan campante. ¿En qué pensaba cuando se metió allí?
--Estaba haciendo unas comprobaciones...
De repente, algo interrumpió a la joven. Por encima de sus cabezas, resonó un estruendo singular.

***

La habitación se movió bruscamente. Syra resultó lanzada al suelo y lanzó un grito de susto. Hobart fue a incorporarse, pero una tremenda sacudida le arrojó hacia delante. Chocó en mala postura con la mesa y sintió un vivísimo dolor

en el brazo derecho, que casi le hizo perder el conocimiento.
Cayó al suelo, que se agitaba como sacudido por un mar embravecido. Syra volvió a gritar. Hobart intentó moverse, pero el brazo le dio de pronto un terrible ramalazo de dolor y aulló inconteniblemente.
Estaban envueltos en ruido y movimiento. Una vez se encontraron tumbados en el techo, que había pasado a ser el suelo, mientras que éste era ahora el techo. De pronto, se sintieron en rapidísimo movimiento ascendente.
--Clyde --gimió ella.
Hobart no tenía fuerzas para contestar. Todo estaba borroso a su alrededor. El dolor era intolerable. Ya no le cabía la menor duda de que tenía fracturado el brazo derecho.
De repente, se sintieron caer. Fue un descenso que les pareció interminable, pero que finalizó con un impacto aturdidor. Hubo unas cuentas sacudidas más y luego volvió la quietud.
La estancia parecía devastada por un ciclón. Syra, a gatas, miró al joven, que yacía en uno de los lados.
--Clyde...
Hobart hizo una mueca.
--Doctora, creo que tengo roto un brazo.
--Oh, Dios mio... Clyde, no se mueva de ahí. Ahora voy a curarle.
--Pero ¿sabe...?
-Claro que sí, hombre. Aunque derivé hacia la bioquímica, empecé obteniendo el grado de doctor en medicina.
--Estupendo--. Hobart trató de sonreír--. Hay un botiquín de urgencia, aunque no sé si contendrá elementos necesarios para curar fracturas.
Syra hizo un esfuerzo y consiguió ponerse en pie, con las manos en los riñones.
--Ha sido una verdadera paliza --comentó--. Dios mío, qué desorden --murmuró, al pasear la vista por el cubículo--. Clyde, ¿qué ha pasado aquí?..
--Me lo estoy imaginando, doctora. Alguien ha registrado el equipaje del profesor.
--¿Lo cree así?
--Sin la menor duda.
--Está bien, eso importa poco ahora. Voy a tratar de curarle, aunque no sé cómo voy a entablillar su brazo.
Hobart había conseguido sentarse y tocó el suelo con la mano izquierda.
--Los constructores de esta casita de muñecas pensaron que el suelo de parquet haría más agradable mi estancia. Yo le indicaré dónde hay herramientas, para que saque las tablillas necesarias.
--Está bien.
Syra pudo localizar el botiquín. Lo primero que hizo fue poner una inyección calmante al joven. De pronto, lanzó una exclamación de alegría.
--Ha tenido mala suerte--dijo.
--¿Lo cree así? --preguntó él, amargamente sarcástico.

Syra le enseñó un frasquito.
--Acelerador de la regeneración de tejidos --dijo--. En menos de una semana, tendrá el brazo como nuevo.
--Pero eso es para heridas superficiales...
--La droga es de uso múltiple y puede aplicarse en inyecciones, que se aplican sobre la parte dañada. Siga como está; voy a trabajar.
Una hora más tarde, Syra miro al joven y sonrió.
--Listo --dijo--. ¿Cómo se encuentra ahora?
--Mejor --contestó él--. Ha sido una suerte tenerla a bordo, doctora. De haber estado solo, no sé cómo me las habría arreglado...
--No haga especulaciones con lo que no ha sucedido --aconsejó ella. Y, de repente, se oyó un tañido musical--. ¿Qué es eso? -preguntó, intrigada.
Hobart señaló un punto con el brazo sano.
--Parece que el transmisor ha resistido --dijo--. Conteste usted misma; debe ser el profesor Ralston.
Ella se puso en pie inmediatamente y agarró el micrófono.
--¿Profesor?
--Hola, doctora -dijo Ralston-. ¿Qué tal va todo por ahí?
--Fatal --respondió ella sin vacilar-. Alguien ha estado registrando su equipaje.
Ralstoh se alarmó.
--¿Seguro?
--Clyde lo dice así y no hay motivos para dudar de su existencia, profesor.
--Está bien, la creo, pero... ¿por qué no me contesta él?
--Se ha roto un brazo. Hemos sufrido una especie de terremoto, de una intensidad inimaginable, profesor. Cualquiera ha podido hacerlo, teniendo en cuenta que más de la mitad de esas personas son de Kuastil, ¿comprende?
--Sí, pero el incidente significa que sospechan de usted.
--No se preocupe. Todos los demás equipajes habrán sufrido un registro análogo. Gudrun recela algo de la Tierra, porque sabe que ya hemos advertido el robo de los documentos. ¿Ha podido curar a Clyde?
--Sí, está perfectamente bien, aunque me preocupa una cosa.
--Diga, doctora.
-El espía ha visto el alfiler de corbata. Si usted lleva su duplicado puesto...
--Oh, ése no es problema. El duplicado está constantemente en mis bolsillos, y no lo he dejado ver un solo momento. A bordo se viste de una manera informal... El alfiler se usa en ocasiones más bien solemnes, por ejemplo, en la recepción que Gudrun dará después de la inauguración del Curso de la Universidad.
--Eso me tranquiliza, profesor --dijo la joven.
--Durante la fiesta, yo buscaré el momento apropiado para dejar el alfiler auténtico en un lugar próximo a la caja fuerte de Gudrun. Como tengo dos, no notarán la falta, ¿comprende?
--Sí, profesor.
--Está bien. Doctora; dígale a Clyde que le deseo una pronta mejoría. Ah, y

recuerden; a partir del momento en que llegue al palacio, tendré la radio permanentemente conectada, para que ustedes puedan estar al corriente de la situación en todo momento. Nada más, doctora.

CAPITULO VI

La habitación se movió hacia adelante con gran lentitud y luego retrocedió muy despacio. De alguna parte, llegaba un rumor como de un gran viento, a la vez que, con ritmo casi siempre igual, se percibían unos sordos golpes que se producían en un lugar muy profundo.

--Esto es horrible --se quejó Syra.

Hobart se agarró con ambas manos al respaldo del sillón en que la joven estaba sentada. El rumor del viento huracanado era el de la respiración de Ralston. Los golpes eran latidos de su corazón.

Hacia ya horas que el alfiler había sido puesto en la corbata del profesor. Ninguno de los dos sabía el tiempo que duraría aún la actual situación. Sin embargo, era evidente que el momento culminante se acercaba ya.

El brazo de Hobart estaba completamente curado. Una vez se encontró en condiciones para ello, Hobart se dedicó a repasar su equipo. Los daños sufridos habían sido mínimos. Los días que siguieron, después de su curación, fueron dedicados a reparar los desperfectos. Todo estaba en orden; sólo faltaba la ocasión para iniciar la operación.

De repente, se oyó la voz del profesor:

--Me dispongo a entrar en el palacio. La recepción real dará comienzos dentro de unos minutos. No contesten ni me llamen, a menos que sea absolutamente necesario. Dejo la radio abierta. Eso es todo.

Los ruidos de toda clase empezaron a penetrar en el cubículo. Hobart miró a la joven.

--Esto marcha --sonrió.

--Tengo los nervios a punto de estallar –confesó--. En cierto modo, le envidio, Clyde.

--¿Por qué? --se asombro él.

--Usted va a salir de aquí, trabajará, actuará y...aunque corra riesgos, evidentemente, yo tendré que permanecer aquí, mano sobre mano, esperando, inquieta, nerviosa...

--No puede hacer otra cosa --dijo Hobart--. Ciertamente, hay comida y ha podido cambiarse de ropa, gracias al repuesto que pusieron para mi. Pero no hay más que un solo propulsor individual y un equipo de herramientas. Es imposible que pueda abandonar el cubículo.

--Lo sé --suspiró Syra--. Sin embargo, desearía tanto acompañarle...

Hobart sonrió.

--Nos ha salido aventurera --comentó jovialmente.

--Bueno, no es eso exactamente... Lo que sucede es que empiezo a sentir... claustrofobia. Tengo ganas de salir de aquí, ¿comprende?

--Lo sé, pero no se puede hacer nada, doctora.

Los ruidos y las voces llegaban hasta ellos, a través del minúsculo transmisor de radio que era el reloj de pulsera que llevaba el profesor, análogo al que Hobart había tirado al río. Se oía la voz del gran chambelán, anunciando los nombres de los invitados a la recepción.
Los sonidos de una orquesta que interpretaba aíres típicos de Kuastil, alternados con melodías terrestres, penetraban también en el interior del rubí.
De repente, se oyó la voz del gran chambelán:
--¡El honorable Cyrus Vandberg Ralston, profesor de la Universidad Máxima de la Tierra!
--Cuidado --dijo Hobart-. Ahora empieza nuestra aventura.
Dos pares de ojos se dirigieron hacia el techo del rubí. A los pocos segundos, percibieron una voz de inconfundibles tonos femeninos:
--Profesor, le agradezco infinito su asistencia a mi recepción.
--Majestad, me siento muy honrado al hallarme ante su presencia. ¿Puedo decir a Su Majestad que está más hermosa que nunca?
Sonó una risita.
--Ustedes, los terrestres, siempre tan galantes –dijo Gudrun--. Lo llevan en la sangre, parece. ¿Es la galantería un gen hereditario entre ustedes?
--En todo hombre que se precie de serlo, siempre hay un innato sentimiento de admiración hacia una mujer hermosa, dicho sea con el debido respeto hacia Su Majestad--contestó Ralston.
--Es un placer hablar, con un hombre como usted, profesor. Y ahora, ¿puedo pedirle un favor?
--Majestad, todo cuanto tengo es vuestro. Pero no veo qué puedo hacer en honor de Vuestra Majestad.
--Es bien sencillo, profesor --contestó Gudrun--. Hace tres años, como, seguramente recordará, hice un viaje a la Tierra y recibí el doctorado Honoris Causa por la Universidad Máxima de su planeta.
--Cierto, Majestad; y yo mismo, como rector que era, en aquella época, tuve el inmenso honor de imponer a vuestra Majestad la birreta del doctorado y de entregarle el diploma acreditativo.
--Así sucedió, en efecto. Pero también me entregó otra
cosa, ¿no lo recuerda?
.--Pues...
Hobart y Syra escuchaban el diálogo con la respiración en suspenso. El joven se sintió de repente acometido por un siniestro presentimiento.
--Algo se va a estropear --musitó.
Gudrun continuó:
--Me refiero al alfiler, distintivo de su Universidad, profesor. Perdí el que me entregaron y desearía conservarlo como recuerdo.
--Majestad, encargaré uno...
--Oh, no es necesario—comentó la reina--. Al darme cuenta de la pérdida, y sabedora de que vendría a Kuastil, encargué a mi joyero que me hiciese uno nuevo... pero no es auténtico, puesto que ha sido fabricado en este planeta. Sin

embargo, tiene cierta virtud. Ustedes, por razones de economía, cosa altamente encomiable, utilizan rubíes artificiales. Yo hice que el rubí que adorna el alfiler que me construyeron aquí, fuese auténtico. Desearía un cambio, profesor; así yo tendría el alfiler auténtico y usted tendría otro igual, pero de valor muy superior. ¿Le parece bien?
Hobart oyó aquellas palabras y se quedó helado.
--¡Diga que no, profesor! --gritó Syra impulsivamente.
Hobart le tapó la boca con una mano.
--Maldita sea, doctora. Le dijeron que no hablase...
Ralston carraspeó.
--Verá, majestad...
--Oh, profesor -dijo Gudrum--. ¿Va a negarme ese pequeño capricho?
--Es muy astuta --murmuró Hobart-. El protocolo impide que Ralston se niegue al trueque.
--Majestad, es un honor para mí hacerle obsequio de mi alfiler --dijo Ralston.
--Gracias, profesor, mil gracias.
En el interior del rubí hubo una tremenda agitación. Hobart y Syra rodaron por el suelo.
Cuando el movimiento hubo cesado, Syra miró tristemente al joven.
--Clyde, éste es el final de la aventura -dijo.

* * *

La recepción había terminado ya. Hobart se sentía terriblemente pesimista. De algún modo, Gudrun había sabido que un agente de la Tierra, reducido a la milésima parte de su tamaño habitual, estaba en el interior del rubí. Era fácil suponer lo que iba a suceder a continuación.
Por el movimiento interior del rubí y por algunas palabras que captaron, Hobart y la doctora supieron que Gudrun no había dado muestras de conocer el plan terrestre.
Hobart empezó a concebir esperanzas. Gudrun se había puesto el alfiler sobre el vestido de gala. Al desvestirse, se lo quitaría y...
--Doctora, en cuanto termine este movimiento, empezaré a equiparme --dijo.
--¿Cree que podrá llegar a la caja fuerte, Clyde?
--Indiscutiblemente. Sólo necesito que la habitación se quede quieta un cuarto de hora.
--¿Por qué tanto tiempo?
--Oiga, no es tan sencillo equiparse y...
La voz de Gudrun llegó de pronto al interior del rubí:
--Puedes retirarte, Maysa; no te necesito esta noche.
--Sí, Majestad --contestó una mujer--. Buenas noches, Majestad.
Hobart agarró un brazo de la joven.
--Pronto estaré en condiciones de actuar --dijo.
El alfiler emprendió súbitamente una especie de vuelo curvo, antes de detenerse con cierta brusquedad. La sensación de movilidad desapareció en el acto.

--Nos ha dejado sobre su tocador --dijo él.
--¿Queda muy lejos del lugar donde están los documentos?
--Relativamente. A escala normal, cincuenta o sesenta metros. En la escala actual, la distancia se multiplica por mil... pero el propulsor reducido de tamaño me permitirá volar cuatro o cinco horas, antes de que se agote la carga de su micropila.
La estancia trepidó súbitamente. Fue una sacudida compuesta por otras muchas, a la manera de las ondulaciones causadas en la quieta superficie de un charco, por la caída de una piedra. Pero los movimientos cesaron de nuevo muy pronto y a los pocos segundos volvió la inmovilidad al interior del rubí.
--Está bien, no perdamos más tíempo --dijo Hobart.
Inmediatamente, empezó a prepararse, con el propulsor individual y el equipo de perforación. Cargó también con el generador de campo de reducción y, finalmente, se echó el rifle a la espalda.
--Puede que me encuentre con .un bicho --dijo-. Una simple mosca me parecerá un elefante volador --sonrió, a la vez que comprobaba la sujeción del cuchillo de caza a la funda que tenia atada a la pierna derecha.
--Suerte --le deseó ella.
--Gracias.
Hobart abrió la puerta y dio un par de pasos en el exterior. Desde allí, contempló el aspecto que tenían las cosas, aumentadas mil veces. Si el techo estaba a cinco metros, le pareció que se hallaba a cinco mil.
El alfiler había sido depositado sobre una mesita, que no debía de tener más allá de metro y medio de largo lo que, en apariencia, representaba mil quinientos metros. Algunos objetos, cajas de polvos, un frasco de perfume, un tubo de lápiz de labios... resultaban monstruosa mente agigantados. La borla de los polvos parecía una selva de colosales árboles sin ramas, agrupados todos en torno a un núcleo central. Sobre la mesa había caído una gota de agua de colonia y parecía un charco inmenso.
Hobart se volvió. Syra estaba en el umbral, contemplándole con aprensión.
--Cuídese, Clyde--dijo.
--Sí, doctora.
Hobart manejó los controles del propulsor individual y empezó a ganar altura con cierta lentitud. Dada la distorsión de imágenes que causaba en sus pupilas la reducción de tamaño, debía moverse con grandes precauciones en los primeros momentos, a fin de evitar percances innecesarios. Al despegar, se levantó unos cuantos metros y luego voló paralelamente a la mesa, acelerando muy suavemente. Hasta que se acostumbrase al nuevo sentido de la perspectiva, no podría aumentar la velocidad.
Súbitamente, cuando menos lo esperaba, chocó contra un obstáculo invisible. La sorpresa le hizo perder el control del propulsor y cayó al suelo.

***

Syra lanzó un grito al ver desplomarse a Hobart y corrió hacia él.
--¡Clyde! ¿Qué le ha ocurrido?

El joven se sentó. completamente desconcertado.
--He chocado con algo... No veo qué puede ser...
Syra frunció el ceño. De pronto, echó a andar, con las manos extendidas. Un segundo después, tocó algo invisible y frío,
Estuvo así unos instantes, mientras Hobart la contemplaba con gran atención. Luego, Syra golpeó aquella cosa con los nudillos.
Una nota musical vibró en la atmósfera, suave y agradable, y el sonido tardó un poco todavía en perder intensidad.
Syra levantó la vista y creyó comprender.
--Clyde.
--¿Doctora?
--Estamos atrapados bajo una campana de vidrio.
Hobart abrió la boca estúpidamente. De pronto, reaccionando, se puso en pie de un salto y corrió hacia la invisible pared de cristal, que le impedía el paso al exterior.
Una maldición se escapó de sus labios, al comprender la amarga verdad. La astucia de Gudrun resultaba harto patente.
Miró a su alrededor. Al otro lado, por efecto de la luz, podían captarse los reflejos del vidrio. Era una cúpula transparente, en efecto, y no tendría más de cinco centímetros de diámetro, lo que producía la ilusión de hallarse bajo una campana transparente de cincuenta metros de diámetro.
Pero no tardó en reaccionar. Descolgó el rifle y quitó el seguro.
--¡Apártese, doctora! --ordenó--. Los proyectiles me abrirán camino.
--Cuidado --exclamó Syra--. Si quiebra la cúpula, puede caer encima de nosotros. Nos aplastaría...
Repentinamente, una voz extraña penetró en el interior de la cúpula de vidrio.
--Es inútil que te molestes, Clyde. Aunque conozco la potencia de tus proyectiles explosivos, el vidrio de esta cúpula, preparada adecuadamente, es muy resistente.
Hobart lanzó una exclamación de asombro:
--¡Gudrun!
Se oyó una alegre carcajada.
--Exactamente, la misma --confirmó ella.

* * *

Algo monstruoso se situó a unos centímetros de la cúpula. Hobart y Syra pudieron contemplar la epidermis del rostro de Gudrun, aumentada mil veces su tamaño. Las pestañas semejaban gigantescos árboles curvos. Los poros parecían pequeños pozos insondables. Las partículas de polvos del maquillaje eran como discos irregulares de color blanquecino.
Los dientes semejaban colosales muros de brillante marfil. Los pliegues de los labios eran barrancos de color rojo. Aquella boca entreabierta parecía la entrada a una caverna, rebosante de humedad y capaz de contener millares de seres como ellos.
--Sí, soy Gudrun --insistió la mujer--. Tengo un transmisor de radio análogo al

del profesor. ¿Por qué no utilizas el tuyo, Clyde?
--Está bien --contestó el joven--. ¿Qué te propones, Gudrun?
--Eh, ¿quién es esa chica? --exclamó Gudrun de repente-. Tenía entendido que sólo tú viajabas en el interior del rubí.
--Es la doctora Hunt --dijo Hobart de mala gana--. Está aquí por... equivocación.
Al otro lado de la cúpula se produjo, un extraño movimiento. Hobart comprendió que Gudrun se armaba con una lupa de gran potencia.
--Oye, es muy guapa --dijo Gudrun--. Clyde, especie de sátiro, ¿acaso necesitas compañía femenina para no aburrirte durante el viaje?
Syra oyó aquellas palabras y se indignó.
--¿Qué se ha creído usted, señora? ¿Acaso me ha tomado por una cualquiera? Sáquenos de aquí inmediatamente...
Una burlona carcajada hizo vibrar el cristal.
--Clyde, esa chica está loca --dijo Gudrun--. Bueno, la culpa no es mía. Si está ahí contigo, correrá tu misma suerte.
Hobart se puso rígido.
--Gudrun, ¿qué piensas hacer con nosotros?--preguntó.
--Verás… Mis agentes en la Tierra, me informaron del plan elaborado por el general Davidoff y el profesor Ralston. Naturalmente, y de acuerdo con mi Estado Mayor, tomé las contramedidas oportunas.
--Las cuales empezaron con el cambio de alfileres.
--Justamente. Una bonita jugada,¿ verdad?
--Deja de elogiarte y continúa--pidió Hobart ásperamente-. Ahora somos mil veces más pequeños que tú. Puedes aplastamos como si fuéramos piojos... y no me extrañaría en absoluto que lo hicieras.
--Oh, Clyde, ¿cómo puedes pensar tan mal de mí?--dijo Gudrun, fingidamente compungida--. No pienso matarte... no pienso mataros, mejor dicho. Sólo voy a someteros a cierto experimento... Iba a realizar la prueba solamente contigo, pero, puesto que estás acompañado, y muy agradablemente por cierto, la prueba resultará doblemente satisfactoria.
--Gudrun, ¿qué idea ha concebido tu retorcida mente?--preguntó el joven.
Ella volvió a reir.
--No tengas prisa, lo sabrás en el momento adecuado--respondió--. Mientras tanto, sigue como estás... y. créeme, nada de lo que hagas te permitirá romper el cristal.
Una uña gigantesca, que parecía tener veinte metros de largo, rozó apenas la cúpula de vidrio, que emitió de inmediato una intensísima nota musical. Hobart y Syra, incapaces de soportar aquel estruendo, cayeron al suelo, tapándose los oídos con las manos, momentáneamente enloquecidos por el ruido atronador, presas ambos de un sufrimiento indescriptible. La carcajada de despedida de Gudrun se alejó con infinidad de ecos burlones, hasta que su sonido dejó de herir los tímpanos de la pareja.

CAPITULO VII

Transcurrió un largo rato, antes de que Hobart volviera a la normalidad. Al fin, pudo sentarse en el suelo y sacudió la cabeza, como queriendo alejar de sí las últimas ondas de los dañosos sonidos.
Syra se incorporó en parte y quedó apoyada en un codo, mirándole expectantemente.
--Clyde, ¿qué vamos a hacer ahora? --preguntó.
Hobart se puso en pie.
--Todavía tengo la perforadora intacta --respondió--. A fin de cuentas, iba a usarla con la caja fuerte, ¿no?
--Espera un momento --pidió ella.
Hobart volvió la cabeza.
--¿Qué pasa ahora? --preguntó.
--Tienes la tableta de emergencia. Cómetela. Volverás a tu tamaño normal en cuestión de segundos. Así podrás llevara cabo la misión...
--No --contestó él, ceñudo.
--Pero, Clyde...
--Ni lo sueñes. Si lo hiciera, al volver a mi tamaño normal, te aplastaría, porque ocuparía de inmediato un enorme espacio y tú no podrías escapar a tiempo. Si, ya había pensado en ella, y también había pensado en dividirla en dos partes, pero ¿sabes qué pasaría entonces?'
--Nada, Clyde --dijo la joven.
--¿Cómo? Alcanzaríamos la mitad de nuestro tamaño normal, pero no resultaría agradable vernos convertidos en unos enanos…
--Estás equivocado --insistió Syra--. Los efectos de la tableta están calculados especialmente para ti, aunque admito que se estableció la proporción adecuada a tu peso, con un error de tre kilos, más o menos. Pero es preciso ingerir la dosis íntegra, no fraccionada en absoluto, ¿comprendes? Por eso insisto en que la tomes tú...
--Olvídalo. O nos salvamos los dos o... Bueno, el caso es que no puedo abandonarte, Syra. Perdón, doctora...
Ella sonrió tiernamente.
--Empiezas a tratarme como una persona --dijo.
--La verdad es que tú no has dado muchas facilidades--gruñó él--. Pero dejemos a un lado las rencillas personales. Voy a empezar a trabajar y necesito algo de comodidad.
Lo primero que hizo Hobart fue despojarse de todo el equipo. Ahora, con más comodidad, podía echarse a la espalda el generador de la perforadora, unida al mecanismo de la broca por medio de un grueso cable flexible. La broca, de cinco centímetros de diámetro, a su escala actual, podía girar a miles de revoluciones por minuto, dependiendo la velocidad de giro de las necesidades de su usuario. Hobart marcó la cifra diez, que equivalía a diez mil vueltas por minuto y se acercó a la pared de vidrio.
Inmediatamente, dio el contacto. Un tenue zumbido se percibió inmediatamente bajo la cúpula. Nubes de vidrio pulverizado brotaron del

extremo de la broca. Hobart plantó los pies firmemente en el suelo y sostuvo la perforadora con ambas manos, hasta que vio asomar la punta por el otro lado. Entonces la retiró y, en el mismo momento, algo le golpeó en el pecho con fuerza y le tiró de espaldas.
Syra gritó y corrió a ayudarle.
--¡Clyde! ¿Qué ha sucedido?
Hobart sacudió la cabeza.
--No había contado con ello --respondió, apoyado en un codo--. Al colocar la cúpula sobre nosotros, algo de aire fue expulsado al exterior, por efectos del mismo movimiento de descenso y, por tanto, la presión descendió en el interior. Ahora, al abrir ese agujero, el aire a la presión normal irrumpió adentro y me encontró en el camino, eso es todo.
Syra respiró aliviada.
--Es algo que no se me había ocurrido --dijo sonriendo.
Hobart se puso en pie.
--Haré un círculo de agujeros. Luego, con un fuerte empujón, haré saltar el vidrio fuera y...
De repente, se interrumpió. A través del orificio practicado con la perforadora se veía penetrar un chorro de gas muy tenue, de color amarillento.
--¡Clyde! --gritó la joven.
El gas llenó la cúpula en pocos segundos. Hobart sintió que todo daba vueltas a su alrededor. Syra cayó de rodillas.
--Voy... a... desmayarme... --jadeó.
Las imágenes empezaron a borrarse de las retinas del joven. No creía en un gas mortal, aunque sí narcótico. Gudrun no era mujer que se contentase con suprimirlos rápidamente. Algo pretendía al hacer que se durmiesen... pero no se sentía capaz de penetrar en sus intenciones,
Con sus últimas fuerzas, llevó a Syra a la cama. Luego se tendió a su lado. Al menos, quería estar en buena postura cuando sobreviniese el sueño de la narcosis.

* * *

Despertó después de un rato que se le antojó tan largo como un siglo, se sentó en el suelo y sacudió la cabeza. Tardó algunos minutos en darse cuenta de que ya no estaba encerrado en una cúpula de vidrio.
Con enorme asombro vio una playa, palmeras, el mar... Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie. ¿Les habían llevado a alguna isla desierta, en donde iban a quedar abandonados para siempre?
De súbito, reparó en que no tenía encima una sola brizna de ropa. Estaba completamente desnudo.
Syra despertó en aquel momento y se sentó en el suelo. Al ver a Bobart, lanzó un grito:
--¡Clyde!
El joven volvió la cabeza.
--Lo siento --sonrió--. Tendrás que arrancar algunas hojas de palmera.

Sospecho que Gudrun nos llevó a una isla desierta y nos abandonó aquí, sin nada más que nuestras manos.
--¿De veras crees que estamos en una isla desierta?--preguntó.
Hobart hizo un movimiento circular con la mano.
--Mira--dijo--. Si no es una isla desierta, al menos es un trozo de costa deshabitada... y desconocida para nosotros… por supuesto. No lo vamos a pasar bien, te lo aseguro.
Syra se puso en pie. A través de un hueco de la barrera de palmeras divisó unas colinas, con árboles y hierba. El panorama no parecía ciertamente hostil.
--Clyde, ambos somos personas con ciertos conocimientos --dijo--. Nos costará, pero sobreviviremos. Con un poco de trabajo, creo que encontraremos todo lo necesario para vivir sin demasiadas dificultades.
--No nos ha dejado ni un mal cortaplumas... A ti, incluso, te han quitado las gafas, porque las patillas eran de acero.
--No las necesito demasiado. Mi miopía es muy escasa. Lo que sucede es que me gustaban más que las lentillas de contacto, pero sólo por comodidad. Créeme, no las echaré de menos... --Levantó una pierna--. Aunque padeceré un poco hasta que se me habitúen las plantas de los pies.
--Tendrás callos antes de lo que te imaginas –aseguró él--. Y ahora, ¿qué te parece si iniciamos una primera exploración de estas tierras?
Antes de que ella pudiera contestarle, sonó una voz harto conocida de ambos:
--¡Hola a los dos! ¿Qué os parece vuestro paraíso terrenal?
Hobart se volvió, asombrado. Arriba, en las alturas, de modo que parecía ocupar todo el cielo, se divisaba el gigantesco rostro de Gudrun, reina de Kuastil.

* * *

--La vida no os va a resultar cómoda, aunque puede que sí agradable en determinados momentos --continuó Gudrun, sin abandonar su tono burlón--. Os he preparado una pequeña isla desierta, con los animales y las plantas acomodados a vuestro tamaño actual y, naturalmente, también con un poco de agua de mar y hasta un arroyuelo, alimentado por un generador reducido de tamaño, pero situado en un lugar inalcanzable para vosotros. Aunque no podéis notarlo, estáis bajo una cúpula de vidrio mucho mayor que la primera, de modo que no tenéis por qué sentir temor alguno a la falta de oxígeno, que, por otra parte, será renovado con periódica frecuencia.
Hobard sintió que se .le erizaban los cabellos al comprender el sentido de aquellas palabras.
--¿Quieres decir que nos has condenado a vivir aquí eternamente?--exclamó.
--Exacto --confirmó Gudrun--. Estáis en mi palacio, en una habitación especialmente acondicionada para vosotros. Por supuesto, tuvimos que reducir la isla en trozos y reunirlos después, ya que nuestra reductora no tiene la suficiente potencia todavía para reducir una isla de, digamos, un kilómetro de largo. Mientras lo hacíamos, se os mantuvo en estado de sueño, debidamente alimentados, hasta que todo quedó terminado.

--Y nos has dejado sin un mal destornillador...
--Ella es una doctora y tú un buen técnico. No puedo permitir el menor desliz, aunque, si tanto echas de menos alguna herramienta, te diré que no lejos del lugar en que os halláis, podéis encontrar un cuchillo y un hacha. Dejaros más herramientas sería peligroso, ¿comprendes?
--Sí, pero ¿qué pretendes con eso, Gudrun?
--Imagínatelo, tonto. Necesitamos tiempo para construir la reductora que convertirá a tu planeta en un balón de fútbol. Pueden pasar un par de años, tres, cuatro... pero no puedo permitir que nadie interfiera nuestros planes. ¡La Tierra será mia!--exclamó Gudrun, con acento en el que rebosaba la soberbia más desatada.
--Y todo lo que contiene y todo lo que allí se produce... No eres modesta pidiendo--comentó el joven cáusticamente--. Pero ¿por qué no matarnos de una vez, en lugar de sometemos a esta tortura inacabable?
Gudrun se echó a reír.
--Sois mis animalitos favoritos --contestó, burlona-. He hecho instalar un sistema especial de aumento de visión, para poder contemplaros en cualquier momento y divertirme con vuestras peripecias. Es posible que vea también a esa chica algún día con el vientre lleno, el nacimiento de un niño... porque un hombre y una mujer, abandonados en una isla desierta..., ejem ejem... Casi me dais envidia, os lo aseguro.
--Y así, toda la vida.
--Toda la vida --corroboró Gudrun, inflexible.
--Está bien, no tenemos otro remedio que resignarnos. Pero nos echarán de menos...
--No te preocupes. Ayer hablé con el profesor. He encargado otro alfiler. Mi doncella personal, distraídamente, lo dejó caer al suelo y pisó el rubí con el tacón, reduciéndolo a polvo-- Gudrun lanzó una ruidosa carcajada--. Tenías que haber visto la cara que puso el profesor, cuando pensó en vosotros dos, aplastados por el tacón de mi doncella. Pero eso --añadió con voz repentinamente furiosa--, curará a los terrestres de su manía de enviar agentes enemigos a mi palacio.
--Muy bien --dijo Hobart--. ¿Puedo preguntarte por la extensión, a tu escala, de la isla?
--Unos veinte metros, lo que significa, para vosotros, dos kilómetros. Pero no te preocupes; hay gallinas, conejos... también peces en el mar, que tiene unos diez metros cuadrados de extensión y una profundidad de un metro... No pasaréis hambre, ciertamente; hay también frutales, arbustos, pinos... En resumen, es un mundo en pequeño... y pasarán siglos antes de que vuestros descendientes empiecen a notar la falta de espacio.
Gudrun volvió a reír.
--Por supuesto, me quedé también con la tableta de crecimiento instantáneo, la cual hicimos volver a su tamaño normal. Mis científicos la analizan en estos momentos; es un recurso original, en el que, ciertamente, no habíamos

pensado; pero que puede resultamos útil en algún momento. Y ahora que ya conocéis vuestra suerte, hasta la próxima.
Algo resonó musicalmente a gran distancia. Hobart comprendió que Gudrun había golpeado el vidrio con su uña.
El mar se agitó a lo lejos. Una ola, que cubría todo el horizonte, avanzó hacia la costa.
Hobart agarró la mano de la joven.
--Ven, Syra --ordenó--. Esa bestia con figura humana, ha provocado un pequeño maremoto.
Echaron a correr hasta alcanzar un lugar relativamente elevado, desde el cual pudieron contemplar los efectos de la ola al invadir la tierra firme. Pero el «océano» recobró su calma a los pocos momentos y de nuevo volvió el silencio.

CAPITULO VIII

Hobart encontró el cuchillo y el hacha, y regresó al lugar donde había dejado a Syra. Ella permaneció inmóvil, en la playa, con el codo apoyado en su mano derecha y la barbilla en la izquierda. Su vista estaba fija en el horizonte.
--Syra, no te desanimes...
--No, si no me desanimo--contestó ella--. He estado pensando, y mucho, Clyde.
--¿Sí?
De pronto, Syra se acuclilló y cogió con la mano un puñado de arena, muy blanca y fina. La otra señaló al interior de la isla.
--Mira, Clyde. Arena --dijo--. En tierra firme, hay árboles, lo que significa leña. La arena es sílice y el vidrio es sílice. Hay árboles y hierba, lo que significa tierra, y donde hay tierra, se consigue arcilla para cacharros, ¿entiendes?
--Sí, pero te falta lo más importante: el fuego.
--Conseguiremos encender fuego. Desecaremos hierba, buscaremos piedras, haremos saltar chispas... --Los ojos de Syra brillaban de un modo singular--. ¿Quieres saber una cosa, Clyde?
--Dime--sonrió él, admirado del entusiasmo que la joven ponía en sus palabras.
--Creo haberte dicho que yo descubrí la fórmula de la tableta de crecimiento instantáneo, ¿no es cierto?
--Si, en efecto.
--El noventa y nueve por ciento de sus componentes son vegetales. Hay un uno por ciento de elementos minerales, no fáciles, pero tampoco imposibles de encontrar. Entonces, nos prepararemos los componentes necesarios...
Hobart creyó que la joven deliraba.
--Syra, eso puede llevamos años enteros, si lo conseguimos --objetó.
--No lo creas. Lo más duro serán los principios. Después, todo irá sobre ruedas, te lo aseguro.

--Pero, aun así, lo estimo enormemente difícil...
--Largo, quizá. Pero no difícil. Tenemos lo más importante: la sílice. Una vez que tengamos fuego, podré fabricar aparatos de vidrio, incluyendo, como es lógico, un microscopio--. Syra se levantó y sonrió--. Clyde, conserva el hacha, porque es posible que hagas una tala casi total de todos los árboles.
Hobart se dijo que no podía por menos de secundar los trabajos de la joven. No habría sido ético resignarse a vivir una existencia rutinaria: construir una cabaña, cuatro cacharros de arcilla, cazar, pescar... y así durante años y años. Syra había tenido una magnifica idea y la ayudaría con todas sus fuerzas.
--¿Por dónde empezaremos?--preguntó.
--Lo primero hay que buscar leña --respondió ella--. Trataremos de encontrar piedras de gran dureza, a fin de conseguir las chispas necesarias para prender la hierba seca. Naturalmente. será preciso también buscar comida, por lo que tendremos que establecer un horario para cada clase de trabajo. Pero. sobre todo, repito, leña, Clyde.
--Está bien. Sin embargo, creo que has olvidado algo, Syra.
--¿Qué es?
--Ropa.
Ella bajó la vista y se contempló a si misma durante unos segundos. Luego le miró de frente, sin sentir el menor rubor.
--Por ahora, la ropa puede esperar --dijo.
Hobart sonrió.
--En tal caso, voy a ver si la emprendo a hachazos con mi primer árbol.
--Dame el cuchillo; yo trataré de encontrar algo parecido al pedernal. Y si no encuentro hierba seca, arrancaré unos cuantos puñados y la pondré a secar.

***

Los días transcurrían con rapidez, debido a que no paraban de trabajar más que lo necesario. Hobart, actuando incansablemente, había derribado ya centenares de árboles, reduciéndolos a astillas en su mayor parte, aunque había reservado algunos para la armazón de la cabaña que habían construido en las inmediaciones del arroyo.
Syra había conseguido encender fuego y procuraban tener siempre algunas brasas. Habían cazado conejos para comer y sus pieles les servían para cubrir un mínimo de sus cuerpos.
Sentíanse fuertes y saludables. La “isla” estaba situada en una habitación, con grandes ventanales, por los que entraba el sol casi desde el amanecer hasta el ocaso. Su epidermis se había tostado y ya no sentían daño en los pies descalzos, habituados ya a la falta de calzado.
Hobart se había construido incluso una pequeña canoa, con la que, de cuando en cuando, salía a pescar en un mar muy quieto, lo cual representaba una sustanciosa variación en la dieta alimenticia. El «mar» se agitaba en ocasiones, aunque el oleaje no era peligroso. Hobart sabia que las «mareas» se producían en el momento del relevo de los soldados que vigilaban constantemente la isla, con órdenes severísimas y personales de Gudrun. La

fruta abundaba, si bien no era demasiado variada: naranjas, manzanas, plátanos y uvas, pero resultaba suficiente, junto con algunas verduras procedentes del «huerto» que Gudrun había incluido en la isla.
Sobre este aspecto, no podían tener queja alguna. El constante trabajo hacía que su encierro fuese más llevadero. Hobart se estremecía a veces al pensar que Gudrun podía haberles arrojado a alguna mazmorra subterránea. Pero entonces hubiera carecido de la diversión que suponía acercarse de cuando en cuando para contemplar a sus «animalitos».
De pronto, Syra llamó al joven.
--Clyde, ven.
Hobart se acercó a ella. Syra le enseñó algo que brillaba.
--Usala con cuidado --indicó.
Hobart colocó aquella lenteja de vidrio a unos centímetros de su piel y miró a su través.
--Fantástico --calificó.
--La primera lente del microscopio --sonrió ella.--Pero el tubo...
--Hay un cañaveral en el lado oeste.
--Piensas en todo--dijo Hobart--. ¿Y después del microscopio?
--Alternaré su uso, con la fabricación de un alambique de vidrio. Así podré destilar los elementos de la fórmula.
--Voy a por el tubo del microscopio --sonrió el joven--. Por cierto, ¿qué desea la señora para la cena? Puedo preparar ensalada, gallina al horno y zumo de naranja. ¿Le parece bien a la señora?
--Menú aprobado--exclamó ella alegremente.
De pronto, la tierra vibró.
--Ahí viene la bruja --dijo Syra.
--Cuidado, que la estoy oyendo, doctora –exclamó Gudrun.
--Mi silencio no cambiará el calificativo--respondió la joven--. Hermosa, según dicen..., pero también era muy bella la madrastra de Blancanieves.
Gudrun se echó a reír.
--Si eso le sirve de desahogo... Clyde, ¿qué tal por ahí «abajo» ?
--Vida de Robinson, encanto --contestó Hobart.
--Clyde, ¿no hay señales todavía de un aumento en la población humana de la isla? --preguntó Gudrun burlonamente.
--Tratamos de contener la explosión demográfica.
--Mediante la abstinencia sexual, claro.
--Majestad, es usted una puerca --dijo Syra tranquilamente.
--¿Qué le pasa a esa tonta, Clyde? --preguntó Gudrun-. ¿Acaso es frígida?
--Aunque soltera, es una señora, cosa que no se puede decir de ti, Gudrun.
--Clyde, no me enfades...
--Lo siento.
--Eso es algo que no te sale del corazón --dijo Gudrun rabiosamente--. Bueno, tú estás ahí afuera... y nosotros, cada vez, más cerca del objetivo.
Hobart se alarmó.

--¿Habéis construido ya la reductora planetaria?
--Falta muy poco, meses solamente. Nuestros científicos y técnicos han quemado etapas. Los planos que conseguimos en la Tierra han resultado ser altamente valiosos.
Gudrun se echó a reír de nuevo.
--Y pensar que la Tierra podría caber fácilmente en esa isla --añadió.
Hobart cerró los ojos un instante. ¿No había forma de detener a aquella mujer atacada de megalomanía?, se preguntó.
La solución estaba en la fórmula de Syra, pensó.
--Tendré que felicitarte--dijo al cabo.
--Cuando lo tenga todo listo, vendré a recoger tus felicitaciones--se despidió Gudrun.
Hobart y Syra quedaron a solas nuevamente. Ella le miró, a la vez que sonreía.
--Clyde, al trabajo --ordenó.
--Si, encanto..., pero ahora tenemos que enfrentamos con un nuevo problema.
--¿Cuál, por favor?
--De nada serviría ya recuperar los planos. Si conseguimos escapar a tiempo de aquí, tendremos que hacer lo imposible para destruir la reductora planetaria.
Syra asintió.
--La destruiremos --afirmó.

***

Bajo el techo de bálago de la cabaña, los aparatos construidos por Syra resultaban invisibles para los observadores exteriores. Con ojos fascinados, en silencio, sin atreverse a respirar siquiera, Hobart contempló el lento goteo del líquido verdoso que surgía por el pico del alambique y que iba a caer en una taza de barro situada en el lugar adecuado.
Syra dejó que la taza se llenase hasta una medida señalada de antemano y, a continuación, puso otra en el mismo sitio.
--Clyde, cuando vayamos a beber la fórmula, tendremos
que separarnos --dijo.
--Es comprensible--respondió él--. El crecimiento instantáneo podría dañarnos físicamente si estuviésemos muy juntos.
--Exacto.
--Pero a mí me dieron una tableta...
--Era la misma fórmula, parcialmente deshidratada y mezclada con una sustancia inerte. En una ampolla, corrías el riesgo de rotura y la consiguiente pérdida de líquido.
--Entiendo. Syra, tú ya has hecho tu papel --dijo Hobart--. En el momento en que tomemos el brebaje, yo me encargaré de dirigir... digamos las operaciones. ¿Está claro?
--De acuerdo, Clyde.
--Otra cosa: tomaremos la fórmula a la madrugada. A esa hora, calculo, los

centinelas estarán adormilados y resultará más fácil sorprenderlos.
--Muy bien. ¿Algo más?
--Si, una pregunta..., pero no te enfades, preciosa.
--¿De qué se trata, Clyde?
--Eres una... sabia distraída. ¿No habrás cometido, involuntariamente, por supuesto, un error que...?
Syra sonrió enigmáticamente.
--A la madrugada te contestaré a esa pregunta --dijo.

CAPITULO IX

Ahora iban a volver a su tamaño normal. Hobart calculó la distancia que debía separarles: unos cincuenta metros, que se reducirían a la milésima parte en el momento del crecimiento. Lo suficiente para no padecer ningún daño, pensó.
Aunque no tenían reloj, con el paso de los días habían aprendido a calcular la hora por la posición de las estrellas y de los tres satélites de Kuastil, que se divisaban a través de los ventanales de la estancia en que se encontraban. Hobart calculó que ya había llegado el momento.
--Cuando quieras, Syra.
--Lo tomaremos al mismo tiempo. No te dejes una sola gota.
--Descuida.
--Bien, empecemos...
Hobart se sentía nervioso. Con la taza cuidadosamente sostenida en las dos manos, se alejó de Syra, a la vez que contaba los pasos. Al llegar a sesenta, se detuvo y giró en redondo.
--Listo --anunció.
Syra inspiró con fuerza y levantó su taza.
--Prepárate--dijo. Guardó silencio un momento y luego exclamó-: ¡Ahora!
Hobart se llevó la taza a los labios y bebió su contenido, pausadamente, pero sin interrupción. Para aprovechar hasta la última gota, mantuvo la taza inclinada sobre sus labios. Cuando vio que el liquido dejaba de fluir, incluso paseó el dedo índice por el interior, para rebañar hasta la última partícula.
Diez segundos después, le pareció que se producían millares de diminutas explosiones en su interior. Delante de sus ojos estallaron infinidad de pompas de todos los colores. Al mirar hacía abajo, vio que el suelo se alejaba velozmente.
--Estoy creciendo --gritó.
Pero no salía ningún sonido de su boca. Repentinamente, su cabeza chocó contra algo, que se hizo trizas con gran estruendo.
Debajo de sus pies, algo se rompió fragorosamente. Era la mesa que soportaba la isla y el trozo de océano, que no podía soportar sus noventa kilos de peso.
El agua se derramó por la estancia. Hobart cayó al suelo aturdido, pero hizo un esfuerzo y se levantó en el acto.
--¡Syra! --gritó.
--Aquí --contestó ella, otra vez en su tamaño habitual y, desde luego, sin una

sola prenda de ropa sobre su hermoso cuerpo.
Hobart corrió hacia ella.
--Hemos vuelto a la normalidad --exclamó, a la vez que asía sus manos--. La fórmula dio resultado...
Súbitamente se interrumpió.
A pocos pasos de distancia, dos hombres uniformados, les contemplaban estupefactos, incapaces de comprender cómo habían podido materializarse aquellas dos personas, en el interior de una estancia a la que se suponía que nadie sino Gudrun podía tener acceso.
Hobart no les dejó que se recuperasen de su asombro. Había permanecido largos meses viviendo una existencia primitiva, lo cual había robustecido sus músculos, aparte de que siempre había sido un hombre fuerte y bien entrenado para la lucha. El primero de los soldados cayó con un simple golpe.
Su compañero dio un paso atrás y levantó el fusil radiónico de que estaba provisto. Un chorro de arena le dio en los ojos, cegándolo momentáneamente,
--¡Bravo, Syra!--exclamó Hobart, cuando ya hacia volar su puño hacia la mandíbula del guardia.
Unos segundos más tarde, los dos hombres yacían por tierra, completamente inconscientes.
--¿Y ahora? --preguntó ella.
--Tenemos que ponemos sus ropajes, no hay otro remedio.
--Eso ya me lo había imaginado. Me pregunto qué piensas hacer, Clyde.
Hobart se volvió hacia la joven. Sus ojos brillaban de un modo extraño.
--No tenemos otra solución que buscar la máquina reductora y destruirla--contestó.
--Estoy de acuerdo contigo, pero un artefacto semejante debe de medir ya decenas de kilómetros --objetó Syra.
--Lo sé, pero creo que se me ha ocurrido un plan... De todos modos, lo mejor será que te vistas cuanto antes. Es preciso que nos vayamos de aquí lo más pronto posible.
--Sí, Clyde.
Hobart se puso el uniforme del soldado en pocos minutos. Syra no le fue a la zaga, pero, al terminar, se sintió un tanto incómoda, sin conocer las causas.
Bajando la cabeza, se miró la parte delantera del cuerpo.
Hobart reparó en su extrañeza.
--¿Qué te ocurre?--preguntó.
--Pues... se ve que tantos meses de vivir .vestida sólo con unas pocas pieles de conejo, han hecho que pierda la costumbre de ponerme ropa aunque sea ajena.
Hobart frunció el ceño. Luego se echó a reír.
Los uniformes eran monos de tejido extensible, que se acomodaban a todas las tallas, sin mengua de sus cualidades. Syra palpaba el suyo por delante, buscando algo que, evidentemente, no encontraba.
--Está cerrado ya, pero yo no he hecho nada...
Hobart le puso la mano en la espalda.

--El cierre está aquí--dijo.
--Oh, gracias. ¿Quieres subirlo?
--Con mucho gusto, pero antes tienes que darte la vuelta dentro del uniforme... o quitártelo, para ponértelo del derecho.
Syra enrojeció.
--Mis malditas distracciones--se lamentó.
--Hacía tiempo que no te ocurría nada semejante—dijo él--. Procura tener cuidado a partir de este momento. La menor distracción podría resultamos fatal, ¿entendido?
--Sí, Clyde--contestó ella, con cara de aflicción.
--Para que no cometas un error irreparable, bastará con que no te separes de mí a más de un metro de distancia.
--Descuida, así lo haré--prometió ella.
Una vez vestida, Hobart abrió la puerta cautelosamente y miró a derecha e izquierda. Syra se acercó a él.
--¿Adónde vamos?--preguntó en voz muy baja.
--Tengo que encontrar al mariscal Krantor. Es el equivalente del general Davidoff, ¿comprendes?
--Sí, pero ¿para qué quieres verle?
--Simplemente, para que nos indique dónde está el chisme con el que pretenden reducir la Tierra al tamaño de un balón de fútbol.
--Antes conocías muy bien el palacio, creo--dijo ella intencionadamente.
--Sí, pero entonces Krantor no había alcanzado un rango tan elevado.
De repente, se oyeron pasos rítmicos en las inmediaciones.
--Espera--ordenó él en voz baja.
Salió al corredor, con el fusil radiónico en las manos. Un hombre uniformado se acercaba a aquel lugar. Hobart apreció en sus hombreras las insignias de capitán. Sin duda, se dijo, inspeccionaba los puestos de centinela.
Con paso resuelto, se encaminó hacia el oficial.
--Te saludo, capitán --dijo.
El oficial le miró con curiosidad.
--¿De dónde sales?--preguntó.
--Me han encomendado un mensaje urgente para el mariscal Krantor, pero ignoro dónde está su alojamiento. Nadie sabe decírmelo... perdona mi tono, capitán, pero aquí parece que reina un despiste absoluto...
--Su excelencia se aloja en la habitación contigua a la de su majestad--respondió el oficial.
--Gracias, señor.
Hobart dio un paso hacia adelante, al mismo tiempo que el capitán. De pronto, éste pareció notar que algo no marchaba bien. Hobart no le dio tiempo a volverse del todo. El cañón de su fusil le golpeó duramente en el cuello, haciéndole desplomarse al suelo instantáneamente.
Sin perder tiempo, lo arrastró hacia el interior del cuarto donde habían permanecido tantos meses y le quitó un diminuto transmisor de radio que

llevaba reglamentariamente. Syra le miraba con ojos de pasmo.
--Vamos--susurró él--. Ya sé dónde está Krantor.

* * *

El hombre dormía apaciblemente. De cuando en cuando, emitía un fuerte resoplido. Era monstruosa mente gordo y su papada triple se agitaba mantecosamente con los movimientos de la respiración.
--Yo creí que sería más guapo--murmuró Syra.
--¿Por qué?--preguntó él.
--Hombre, duerme tan cerca de la reina... lo lógico es pensar que fuese su amante, ¿no te parece?
--Gudrum elige sus amantes entre los más apuestos de su guardia personal. Ya hizo lo que debía: dar un heredero al rey, y ahora no tiene más obligaciones que las de divertirse... y gobernar.
--¿Y aquí se lo toleran?
--Ya has podido darte cuenta, me parece.
--Lo que me parece es que tenía una cuenta que ajustar contigo--dijo Syra incisivamente.
--Encanto, será mejor que dejemos los problemas personales para otro momento--propuso él.
Y acercó a la nariz del durmiente la boca del cañón de su fusil.
Krantor agitó la mano, como si espantase algún molesto insecto. Hobart insistió en la operación.
--Mariscal, no es una mosca--dijo en voz alta.
Krantor abrió los ojos. Al ver a dos extraños en su habitación, se sentó en la cama de golpe.
--¿Eh? ¿Qué... qué diablos hacéis aquí?
Hobart tocó una tecla en la recámara del fusil y una lucecita roja se encendió de inmediato en el guardamonte del gatillo.
--Mariscal, este fusil radiónico está a punto--dijo--. Si aprieto el disparador, usted se convertirá en cenizas instantáneamente. Eso, suponiendo que el disparo sea a potencia máxima. Si lo hago con la potencia mínima, usted arderá vivo diez minutos, antes de morir con los más horribles dolores. Pero... la verdad, no sé por qué le explico algo que conoce perfectamente--añadió Hobart en tono ligero.
--Oye, tú eres... ¡Pero estabas reducido a la milésima parte!--chilló Krantor.
--He conseguido volver a mi tamaño normal--respondió él--. Mariscal, te lo preguntaré una vez, sólo una vez. Si no me contestas, considérate muerto. Ya sé que vas a decir que yo no saldré vivo de este palacio, pero... no te preocupes por mi futuro. Es el tuyo el que cuenta ahora... y lo veo muy breve si te niegas a colaborar.
La mantecosa cara de Krantor se cubrió en el acto de sudor.
--E... está en una órbita geoestacionaria... justo en la vertical del palacio...
Hobart sonrió.
--Es el lugar más adecuado, en efecto--contestó--. Date la vuelta--ordenó.

--¿Qué piensas hacer conmigo?--preguntó Krantor aterrado.
--Muy sencillo; asegurarme de que no vas a dar la alarma antes de tiempo.

CAPITULO X

Cinco minutos después, Krantor yacía sobre su lecho, atado como un salchichón, y con una mordaza en la boca. Hobart recuperó su fusil y se dirigió hacia la salida.
--Vamos--murmuró.
Syra le siguió en el acto.
--Clyde, ¿cómo piensas llegar hasta allá arriba?--preguntó.
El joven sonrió.
--En el propio cohete de la reina--respondió--. ¿No has oído a Krantor? Gudrun sube una vez por semana para inspeccionar los trabajos de la reductora. Y, a fin de no molestarse demasiado, tiene su propio cohete sobre la terraza del palacio. Ese será nuestro vehículo, preciosa.
--Pero no tiene explosivos...
--Los tienen ellos, descuida.
--Clyde, cada vez te entiendo menos...
--Espera un momento y lo sabrás. Confía en mí, te lo ruego.
Al final del corredor había una escalera que se dirigía rectamente hacia la terraza. Era de la suficiente amplitud para ver sin dificultad la puerta que permitía salir al exterior.
--Clyde, ¿quién dijo en la Tierra que el palacio de Gudrun era una fortaleza inexpugnable, absolutamente vigilada para que nadie pudiera entrar?--preguntó Syra.
--Eso es en el exterior. Pero una vez dentro, las medidas de seguridad están muy relajadas, como has podido comprobar.
De pronto, Hobart se detuvo ante una puerta. Miró a la joven y sonrió maliciosamente.
--No te asomes--dijo--. A lo mejor ves algo que puede ofender tu pudor.
Ella hizo un gesto de enojo.
--No soy una adolescente--contestó--. Abre de una maldita vez, hombre.
Hobart empujó la puerta y encendió la luz. Al fondo de la enorme habitación, se veía un gigantesco lecho, en el que yacían abrazadas dos personas. Aunque parcialmente cubiertas por las sábanas, se veía claramente que estaban desnudas.
--¡Qué desvergüenza!--se escandalizó Syra.
--De Gudrun se puede decir lo mismo que de Mesalina, al final de sus orgías: fatigada, pero no satisfecha—contestó él mordazmente--. Toma, sujeta mi fusil.
De pronto, lanzó un grito.
--¡Eh, Gudrun!
La mujer se sentó instantáneamente, sin cuidarse de cubrir su pecho desnudo. El hombre, torpe, todavía en las brumas del sueño, se agitó un poco.
--¿Qué... pasa? ¿Por qué... nos despiertan?

Gudrun tenía los ojos desmesuradamente abiertos.
--¡Clyde!--exclamó.
Hobart se puso los pulgares en las orejas, agitó las manos y sacó la lengua.
--¡Uhuuuuú...! ¿A que no me pillas?--exclamó burlonamente.
Y, en el acto, dio media vuelta, recobró su fusil y salió corriendo del dormitorio.
--¡Aprisa, Syra!
--Te has vuelto loco--se indignó ella--. ¿A quién se le ocurre semejante disparate? ¿Quieres que nos atrapen y nos asen vivos?
--Corre y calla--ordenó Hobart lacónicamente.
En pocos segundos estuvieron en la terraza. Hobart se acercó al cohete en cuatro zancadas y abrió la escotilla.
--¡Adentro!
Syra penetró en el vehículo. Hobart la siguió a continuación y se sentó en el puesto del piloto, cuidándose de que las correas de la joven estuviesen perfectamente ajustadas.
De pronto, Syra lanzó un grito:
--¡Clyde, mira, soldados!
--Llegan tarde--dijo él, a la vez que accionaba el mando de arranque.

***

Acelerando al máximo, el cohete describió una gran curva, hasta que su afilado morro apuntó verticalmente a las alturas. El nombre de cohete era, en realidad, algo inadecuado, puesto que funcionaba por antigravedad. Pero tenia forma de cigarro, con la punta muy afilada, para poder moverse con facilidad en cotas subatmosféricas.
Situado ante los mandos, Hobart observaba cuidadosamente los instrumentos. Un minuto después del despegue, ya habían salido de la atmósfera de Kuastil. Entonces, realizó unas cuantas operaciones por medio del ordenador de gobierno y, al finalizar, conectó el piloto automático.
--Bueno, ha llegado la hora de las explicaciones--dijo, a la vez que se recostaba en su asiento.
Syra se volvió hacia él.
--Si--dijo--. Estoy impaciente por oírte. ¿Por qué vamos al espacio, en una nave que no es siquiera interplanetaria? ¿Qué piensas hacer? ¿Lanzarte como un kamikaze contra la reductora?
--No, en absoluto; tengo demasiado apego a mi pellejo--contestó Hobart alegremente--. Dejaré que sean ellos los que destruyan su propio aparato.
--No te entiendo...
--Ya lo sabrás en el momento oportuno. Si ahora te lo dijera, serías capaz de apearte en marcha, a pesar de que volamos ya a doce mil kilómetros por hora y que la velocidad sigue aumentando.
--Eres,.. desconcertante, Clyde. Creo que no te comprenderé jamás--dijo Syra.
De pronto, frunció el ceño.
--Clyde, ¿qué motivos hay de enemistad entre tú y Gudrun?--preguntó.

--Todavía se siente herida en su amor propio.
--¿Por qué?
--Bueno, hace cuatro años, hubo un romance..., y hasta íbamos a casarnos, pero ello me permitió ver muchas cosas que no me gustaron. Se lo dije así y a ella le gustó menos, así que acabamos tirándonos los platos a la cabeza. Literalmente, no es una metáfora. Acabábamos de cenar y... Bueno, no quedó una pieza sana de la vajilla.
--¿Y después?--sonrió Syra.
--Le dije que me volvía a la Tierra, ella dijo que podía irme al infierno, aunque la verdad es que me mandó a un sitio menos cálido y más apestoso, me marché..., y ahí terminó el romance. No me gustaba ser sólo el animal de placer para esa furcia.
--Acaso querías convertirte en rey. Tengo entendido que ella enviudó a poco de casarse con el rey de Kuastil.
--Sí, pero lo que yo quería era que suavizase un poco su régimen. En Kuastil no es oro todo lo que reluce y hay mucho descontento. A la gente no le gusta sentirse gobernada tiránicamente, ¿comprendes?
--Pero tú no puedes evitarlo, Clyde.
--Lo sé. Traté de conseguir que dulcificara ciertas leyes, pero no pude convencerla. Claro que ella no es totalmente culpable, sino la camarilla de ambiciosos que la rodea..., pero, bajo su influencia, las cosas podrían haberse arreglado con mayor facilidad. No pudo ser y me marché.
--Por eso ella tomó tu captura como un asunto personal.
--Exactamente. Y tú podrías haberte ahorrado todas estas aventuras, si no fueses tan distraída...
De repente, se encendió una luz en el tablero de mandos. Hobart tocó una tecla. Una voz brotó de un altoparlante invisible:
--¡A todas las naves de patrulla! Dos forajidos se han apoderado del cohete privado de, la reina. Localícenlo y destrúyanlo.
La orden se repitió varias veces. Syra se sintió terriblemente aprensiva.
--¡Quieren matarnos!--exclamó.
--Lógico, ¿no?--contestó él sin inmutarse. Consultó el indicador de velocidad--. Antes de diez minutos, tendremos a la vista la reductora--aseguró.
Syra cerró las manos, hasta. que las uñas se clavaron en sus palmas. Sentía que se aproximaban momentos decisivos.
De repente, al mirar hacia su izquierda, divisó una chispa luminosa que se acercaba rápidamente al cohete.

CAPITULO XI

La nave de patrulla describió una enorme curva en el espacio y se situó en un rumbo paralelo a la de Hobart, quien no pudo por menos de admirar la maestría de su piloto. Sin embargo, se sintió muy extrañado de que no les hubiesen disparado un cohete.
Los dos aparatos volaban separados por una distancia no superior a los diez

metros. De pronto, Hobart oyó:
--Habla el coronel Harthos, comandante de las naves de patrulla. He localizado el cohete de Su Majestad. No hay nadie a bordo, repito, no hay nadie a bordo. Vuela por piloto automático. ¿Qué hago?
Una voz conocida resonó inmediatamente a través del altoparlante:
--¡Destrúyalo en el acto, coronel!
--Lo siento, señora. Mi nave carece de cohetes; es solamente la nave del jefe de patrullas y está adecuada exclusivamente para la inspección y no para el combate.
Se oyó una obscena interjección. Luego, alguien dijo:
--Majestad, tu nave se dirige rectamente hacia la reductora. Si se produce la colisión, todos nuestros esfuerzos habrán resultado inútiles y será preciso empezar de nuevo.
--No habrá que empezar otra vez--exclamó Gudrun rabiosamente--. ¡Disparad un cohete ultrarrápido! ¡Vamos, aprisa! ¿A qué esperáis, hatajo de imbéciles?
Hobart se sentía pasmado. ¿Por qué había dicho Harthos que no había nadie a bordo de su cohete, si podía verles perfectamente desde su posición?
Detrás de su cuadro de mandos, Harthos, un hombre todavía joven y de agradable presencia, hizo un gesto amistoso con la mano. Luego movió los controles y su cohete inició una curva de órbita divergente.
Hobart cerró la radio.
--Syra, no comprendo -muy bien los motivos de ese coronel, pero una cosa es segura: mintió cuando dijo que no tenía cohetes. Simplemente, no quiso matarnos.
--Extraño, ¿no?
--No tanto. Ya te dije que hay muchos descontentos con Gudrun. Posiblemente, Harthos sea uno de ellos y no le guste la idea de ver en funcionamiento una reductora gigante. Naturalmente, él no puede destruir la máquina..., pero tampoco parece muy decidido a evitarlo.
--Eso sí es cierto, aunque... ¿recuerdas haber oído la orden de disparar un cohete ultrarrápido, Clyde?
--La he oído perfectamente y ése era el «as» que yo guardaba en la manga. No contaba con la colaboración de Harthos, por supuesto, pero, aun así, el plan sigue siendo el mismo.
--Los cohetes ultrarrápidos llevan varios sistemas de puntería: por infrarrojos, por la visual de un blanco, cuya fotografía se introduce en el ordenador de rumbo, por los sensores de calor... No pueden errar el tiro, Clyde--dijo ella, angustiada.
--Los cohetes, por muy perfeccionados que estén, a fin de cuentas, actúan como máquinas y no como seres humanos—contestó calmosamente--. Y ahora, quédate quieta que voy a ponerte el arnés antiaceleración. Dentro de unos minutos, nos vamos a mover muchísimo.
Hobart maniobró en unos controles y Syra se sintió inmediatamente envuelta en una especie de ataúd, acolchado por dentro, que sólo dejaba libres dos

orificios para los ojos y otro para la nariz. Hobart hizo lo mismo, aunque dejó las aberturas precisas para mover las manos sin dificultad.
Y, de repente, la estación reductora apareció ante sus ojos.

***

Era una inmensa superficie compuesta por millares de espejos, unidos por una colosal armazón de viguetas metálicas, en cuyo centro se divisaba la estructura desde la que se gobernaría el aparato cuando estuviese terminado.
El puesto de control era una especie de cilindro achatado, de unos cuarenta metros de diámetro, con una serie de antenas gigantescas en su cúpula superior, las cuales servirían, en el momento deseado, para captar la energía solar que luego se transformaría en la fuerza necesaria que permitiría el funcionamiento del artefacto.
Cada espejo no medía menos de cien metros de lado. Todos eran de forma exagonal y estaban situados de tal modo que el conjunto, una vez terminado, formaría una especie de cuenco, con la parte cóncava orientada hacia el planeta. El diámetro total superaría los doscientos kilómetros.
El aparato flotaba en el espacio, en una órbita geoestacionaria, lo que significaba se hallaba a unos treinta y seis mil kilómetros de distancia de la superficie de Kuastil, un planeta de características análogas a las de la Tierra, y siempre en la vertical de un mismo sitio. Hobart calculó que ya se habían construido dos tercios de la estación reductora. Antes de un año, pensó, podía ponerse en funcionamiento.
De pronto, Syra lanzó un grito:
--¡Ahí viene el cohete!

***

Hobart tenía encendidas las pantallas de observación, una de las cuales era de televisión. En la del radar de velocidad, aparecían las cifras que marcaban la distancia del cohete, cambiando rapidísimamente por segundos.
En aquellos momentos, la velocidad de su nave era de cuarenta y cinco mil kilómetros por hora. La del cohete era, por lo menos, cuatro veces superior.
En la pantalla, la imagen del proyectil se veía todavía como una chispita brillante aparentemente inmóvil. En el radar, sin embargo, las cifras indicaban una distancia que decrecía a razón de algo más de cincuenta y dos kilómetros por segundo.
Syra contemplaba las pantallas con la respiración en suspenso. Apenas si quedaban ya veinte segundos para el contacto. El cohete podía verse ya con ciertos detalles.
Cuando la cifra 527 apareció en la pantalla, Hobart lanzó un fuerte grito:
--¡Ahora!
El cohete inició una brusca virada. Syra se sintió invadida por una espantosa agonía, torturada de los pies a la cabeza. Sus ojos se quedaron sin visión y llegó a pensar que todo su cuerpo se había transformado repentinamente en una lámina aplastada por una fuerza invisible, pero irresistible.
Los mecanismos de guía del proyectil iniciaron de inmediato la corrección de

rumbo, pero no había tiempo ya para alcanzar su blanco. La virada de Hobart había sido demasiado brusca y su velocidad resultaba excesiva para que la corrección del rumbo diera los resultados apetecidos.
Aun así, Hobart había fiado demasiado en sí mismo y la corrección de rumbo había sido iniciada un poco más tarde. De pronto, vio que algo muy brillante se acercaba vertiginosamente a la proa de su nave.
--¡Agárrate, Syra!
Era una precaución inútil. Los arneses antiaceleración les protegían sobradamente en determinados aspectos. Hobart, aterrado, vio que el espejo situado casi en el borde de la estación se acercaba con enorme rapidez.
El cohete lo atravesó como si fuese un proyectil, trazando un círculo casi perfecto, y salió por el otro lado sin la menor alteración de rumbo. Dentro de la nave se escucharon algunos ruidos poco tranquilizadores. Pero habían pasado.
La virada no había sido muy pronunciada, apenas diez grados, suficientes, sin embargo, para esquivar el proyectil disparado desde el suelo. De súbito, Hobart vio que se encendía un terrible resplandor en el centro de la estructura.
Primero fue una pequeña bola de fuego, de color blanco, que cambió a anaranjado antes de un segundo. Luego, cientos de rayos de todos los colores salieron disparados a enorme distancia.
El impacto se había producido directamente bajo el puesto de control, que voló en millones de fragmentos. La explosión, en el vacío, no hizo el menor ruido, pero las vibraciones producidas por la onda expansiva se propagaron con. tremenda rapidez a lo largo de decenas de kilómetros.
Las viguetas empezaron a combarse, repentinamente agitadas como serpientes metálicas. Los espejos se curvaban y saltaban en grandes fragmentos. Trozos enteros de la máquia salían despedidos a gran distancia y al reflejar la luz del sol, emitían vivísimos destellos.
Todo un lado de la estructura se desgajó de repente y empezó a derivar por el espacio, dejando tras sí grandes fragmentos de metal y vidrio azogado. A través de las imágenes que enviaba la cámara de televisión instalada en la popa del cohete, Hobart pudo apreciar que la destrucción de la reductora era absoluta.
Pero, de pronto, notó una sensación extraña. Inmediatamente, lanzó una mirada al indicador de presión. La cifra que marcaba era muy baja. El cohete perdía aire rápidamente.
--Syra--llamó.
--Dime, Clyde.
--Nuestra situación es crítica. Nos estamos quedando sin aire.
--Y eso significa que hemos de pedir socorro...
--Sí, exactamente.

CAPITULO XII

Con las manos atadas a la espalda, Hobart y Syra, terriblemente fatigados, se pusieron en pie al ver entrar a Gudrun en la estancia a que habían sido

conducidos tras su captura.
Krantor y algunos altos oficiales entraron detrás de ella. Gudrun miró furiosamente a los dos prisioneros.
--Lo has conseguido, Hobart--dijo, tras un largo periodo de silencio.
--No del todo--contestó el joven tranquilamente--. A fin de cuentas, tienes los planos... y, además, aún dispones de reductoras menos potentes.
--Eso sí es cierto, pero ¿con qué compenso yo la pérdida de tiempo?
Hobart se encogió de hombros.
--Es tu problema--dijo--. Nuestro problema es muy distinto.:., y mucho menos agradable.
Gudrun sonrió perversamente. Era una hermosa mujer, de pelo intensamente negro, alta, de formas sensuales y labios rojos. Vestía sencillamente un peto de color rojo, con bordes dorados, y grandes bombachos, de tejido muy fino, que permitan ver sus piernas perfectamente torneadas.
--Mariscal, en tu opinión, ¿qué pena podemos aplicar a estos dos prisioneros?--consultó, con la vista fija en Hobart.
--¡Pena de muerte!--rugió Krantor, fuera de sí--. Y, además, según el procedimiento tradicional en Kuastil.
Gudrun sonrió.
--¿Lo conoces, Clyde?
--No, aunque me basta haber oído a ese cerdo seboso, para saber que no puede ser agradable.
--¡Me ha insultado!--aulló el mariscal--. No puedo consentirlo...
Gudrun levantó una mano.
--Cálmate--dijo, con aparente mesura--. De todos modos, pronto podrás considerar vengada la humillación que has sufrido. Clyde, me dan ganas de dejar que te apliquen el método tradicional de ejecución. No lo pasarías bien, te lo aseguro. Antes de cortarte la cabeza, poco a poco, demorando horas el llegar a la médula espinal, y evitando en lo posible el derramamiento de sangre, a fin de evitar la pérdida del conocimiento, te atravesarían los hombros con sendas barras al rojo vivo, para mantenerte suspendido en el aire. Desagradable, ¿verdad?
--Delicioso, para los masoquistas--sonrió Hobart.
Syra sentía un frío horrible. Si decidían aquel método de ejecución, y Gudrun era muy capaz de ordenar que se hiciera así....
--Pero no me gusta ver sangre--añadió Gudrun--. Es demasiado repulsivo. Luego los gritos, las convulsiones..., ¡qué asco!
--Tu sensibilidad es admirable--dijo Hobart-. ¿Has encontrado otro método más 'agradable?
--Sí, y, sobre todo, más divertido. Para el espectador, claro.
Hubo una pausa de silencio. De pronto, Gudrun adelantó el busto.
--Clyde, doctora Hunt, voy a reducirles de tamaño a la diezmilésima parte de sus dimensiones normales--anunció-. Pero esta vez, no reduciré también el ambiente. Procuren comprender lo que esto significa.

Hobart se puso rígido.
--Alcanzaremos el tamaño de una bacteria--dijo.
--Sí, y nosotros lo observaremos, por medio de una pantalla conectada, a un microscopio. Será muy divertido verles luchar con las bacterias, los bacilos, los microbios... Sí, muy divertido--añadió, con la sonrisa en los labios.
Syra lanzó un gemido de pavor. Hobart apretó las mandíbulas.
--En Kuastil hicieron un mal negocio cuando permitieron que su rey se casara con una prostituta, que buscaba clientes bajo los faroles de las calles terrestres--dijo incisivamente.
--¡CaIla!--gritó Gudrun--. Eso no es cierto y tú lo sabes.
--El pasado no se puede ocultar--contestó el joven sentenciosamente--. Pero estamos en tus manos. ¿Cuándo empieza... la fiesta?
--Ahora mismo--decretó Gudrun.

***

Estaban en el centro de una sala, muy parecida a la que conocían de la Tierra. La reductora brillaba sobre sus cabezas.
Hobart fijó la vista en Syra. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.
--No llores--sonrió el joven.
--No puedo evitarlo... Tengo tanto miedo... He visto muchas cosas por el microscopio...
Unos guardias uniformados entraron en aquel momento con un montón de hierros y chapas de una forma especial, con los que construyeron en pocos instantes un círculo en torno a los dos prisioneros. El círculo no tenía apenas diez centímetros de alto y su diámetro era inferior al metro.
--Abrácense--ordenó uno de los guardias.
Hobart y Syra se estrecharon fuertemente. De alguna manera llegó la voz de Gudrun:
--El proceso se iniciará dentro de sesenta segundos--anunció.
Syra miró al joven, con los rostros casi pegados.
--¿Es cierto que era una buscona?--murmuró.
--Si. El rey la conoció durante un viaje a la Tierra y se chifló por ella. Algunos quisieron oponerse al matrimonio, pero fueron apartados del círculo de palacio. Otros, más ambiciosos, tomaron su puesto.
--Y luego ella se convirtió en reina...
--Es la ley de Kuastil.
--Pero tuvo un hijo.
--Está apartado, lejos del palacio. Gudrun no quiere que un día pueda encabezar un golpe de Estado. El pueblo lo quiere y ella lo sabe.
--¡Veinte segundos!--sonó la voz de Gudrun.
--Debe de ser un chiquillo, ¿no?
--Anda por los catorce años, más o menos. Pero si tuviera que reinar, se le declararía mayor de edad y...
--¡Diez segundos!
Hobart apretó con fuerza la cintura de la joven.

--No te desanimes; saldremos de ésta--dijo.
--¡Cinco segundos! Cuatro..., tres..., dos..., uno... ¡Cero! Ha comenzado la reducción.
Hobart levantó la cabeza.
La pantalla reductora se alejó vertiginosamente, pero, al mismo tiempo, paradójicamente, aumentó de tamaño.
--Nos devorarán las bacterias... --gimió Syra.
Hobart sonrió.
--Lo dudo mucho--dijo.
Ella fue a preguntarle por qué lo dudaba, pero, de repente, se encontraron en un pozo.

***

--¿Dónde estamos?--exclamó Syra.
--Es un poro del pavimento--contestó él--. Recuerda, ahora somos cien mil veces más pequeños.
Miró hacia arriba. El poro, que no hubiera sido visible ni siquiera con un microscopio corriente, medía, en apariencia, cinco metros de profundidad por casi otro tanto de anchura. Pero sus paredes formaban un cono hueco, rugoso, con una pendiente aproximadamente de 45°.
--Podremos llegar arriba--dijo Hobart--. Vamos.
Treparon sin excesivas dificultades y salieron a un lugar que tenía el aspecto de un paisaje lunar. En muchos sitios, se veían extraños árboles de tronco cilíndrico, aunque no siempre recto.
--Son vellos invisibles del suelo--explicó él.
--Pero, el suelo, ¿no es de metal?--se asombró Syra.
--No, y tú debieras saberlo mejor que nadie. Es plástico, a fin de conseguir un aislamiento perfecto.
De repente, vieron sobre ellos algo que brillaba fulgurantemente. Antes de que pudieran hacer nada, se sintieron abrumados por el peso de aquella cosa, que los envolvió por completo en un ambiente lleno de humedad.
Syra sintió de inmediato síntomas de asfixia. Luego notó que se movían terriblemente y, a los pocos segundos, fue derribada, sin poder evitarlo.
Braceó frenéticamente y consiguió sacar fuera la cabeza. Hobart, a pocos pasos, arrodillado, se pasaba las manos por el pelo.
--Era una gota de agua microscópica, al extremo de una aguja--aclaró--. Así nos han podido trasladar al lugar donde esperan vernos morir, devorados por las bacterias.
Syra, empapada de agua de pies a cabeza, se puso en pie.
Enormes pedruscos, entre los que crecían gigantescos tallos vegetales, los rodeaban por todas partes. Algunos de los pedruscos parecían tener cien metros de altura. Los árboles alcanzaban dimensiones incalculables.
--Clyde, ¿dónde estamos?--preguntó.
--Simplemente, en un puñado de arena. Esas rocas colosales no son sino granitos de arena, entre los cuales crecen hierbas microscópicas. Y también

algunos hongos. ¡Mira ése!
Syra volvió la vista. A pocos pasos de distancia, se divisaba un hongo de dimensiones aterradoras, cuya cúpula parecía cubrir el cielo por completo. Pero, de pronto, observó un detalle que le hizo sentir cierta extrañeza.
El color de los vegetales era amarillo, casi rojizo. El hongo tenía una coloración pajiza, en absoluto parecida a la que debería tener en circunstancias normales.
--Clyde, ¿qué les pasa a las plantas?
Hobart soltó una risita.
--Gudrun es aún más distraída que tú--contestó.
--No entiendo--dijo Syra, desconcertada.
--Es bien sencillo. En toda cámara de reducción hay...
De pronto, echó a andar, contorneó una roca en forma de columna prismática y vio algo, que le hizo agitar la mano.
--Ven, Syra.
Ella acudió corriendo. Vio la cosa y retrocedió, llena de asco.
--¿Qué es eso tan horrible?--preguntó.
--Una bacteria muerta.
Syra creyó comprender.
--Me parece que ya sé...
Hobart movió la cabeza afirmativamente.
--Sí. Como iba a decir antes, en toda cámara de reducción hay aparatos esterilizadores por radiaciones ultravioletas, que matan los gérmenes radicalmente. Por eso, los vegetales que vemos están agostados, muertos también. Y, por tanto, no corremos el menor peligro de ser devorados pro un ser microscópico.

CAPITULO XIII

Syra apartó la mirada, para no seguir contemplando aquel horrible ser, que yacía en la inmovilidad.
--Entonces, también nosotros fuimos esterilizados...
--Esa esterilización es sólo externa, naturalmente; de lo contrario, ya estaríamos muertos. Es la misma asepsia que se usa en los quirófanos, como puedes imaginarte--dijo él.
--Sí, es cierto--reconoció Syra.
--Gudrun cometió un error: hizo que introdujeran la arena en la cámara de reducción, antes de que se iniciase nuestro proceso de disminución de tamaño. Naturalmente, tenía que hacerlo así, porque sus técnicos debían operar con unas personas de tamaño ultramicroscópico. Pero al entrar la arena que, imagino, debe de caber en una cucharilla de café, pasaron por el túnel de esterilización.
--Y así, todas las bacterias, murieron.
--Exactamente, incluso las de la gota de agua que sirvió para transportarnos a este lugar. De lo contrario, créeme, no lo estaríamos contando.

--Bueno--dijó la joven--, de todas maneras, el peligro no ha pasado todavía.
--¿Lo crees así?
--Hay dos posibilidades. Una, que Gudrun lo advierta y lleve la arena a un lugar no aseptizado. Y otra, que muramos de hambre y de sed. Esto no es la isla desierta de la que escapamos, Clyde.
Hobart se acarició el mentón.
--Sí, es un problema--admitió--. Y no sé cómo vamos a resolverlo...
Levantó la vista. El techo, del que pendía la reductora, se hallaba, a sus dimensiones actuales, a mil kilómetros de distancia.
Pero era una distancia que debía tomarse en línea recta. Los diez metros reales que les separaban de aquel lugar, eran una valla infranqueable. En sus dimensiones, mil kilómetros, a pie, sin agua ni comida, era una distancia que no podrían recorrer.
Además, calculó, perderían el sentido de la orientación. Y aunque pudiesen llegar a la cámara de control, ¿cómo manejar unas teclas que medirían, para ellos, centenares de metros?
Syra le miraba ansiosamente, esperando que hallase una solución. Al fin, Hobart bajó los brazos.
--Lo siento, no se me ocurre nada--declaró.
Syra se acercó a él y le abrazó estrechamente.
--No te preocupes--murmuró--. Estamos juntos. Eso es lo que importa.
--Me alegra que pienses así--dijo él, acariciándole el pelo--. Pero nuestros últimos momentos no van a ser especialmente agradables.
De repente, ocurrió algo extraño.
Los granos de arena y las plantas disminuyeron de tamaño. Hobart se encontró de pronto con los ojos al nivel del hongo.
--¡Clyde!--gritó ella, asustada--. ¿Qué es lo que pasa aquí?
El hongo desapareció y también los granos de arena. Volvió el brillo del techo. Y, súbitamente, Hobart y Syra se encontraron en la cámara de reducción.
Hobart bajó la vista. Había unas pizcas de arena esparcidas por el suelo. Miró a su alrededor.
Reinaba un silencio absoluto. A través del ventanal de la cámara de control, sólo se veían luces; no había ninguna persona ante los mandos.
De repente; se abrió una puerta. Varios hombres uniformados penetraron en la estancia.
--Capitán Dixlodd, señor--se presentó uno de los soldados--. Señor Hobart, doctora, tengan la bondad de acompañarnos.
El joven se enderezó.
--Capitán, ¿puedo saber qué ha pasado?
--Señor, el coronel Harthos se lo explicará con todo detalle--contestó el oficial.

***

Minutos más tarde, Hobart y Syra, que aún no habían salido de su asombro,

penetraban en una estancia, en la que había varios hombres, algunos de uniforme y otros con ropas civiles. Uno de los soldados se acercó al joven y le estrechó la mano.
--Soy el coronel Harthos--dijo-. Tengo el honor de presentarles al doctor Fegg.
Fegg se acercó a la pareja. Era un hombre de unos cincuenta años, de elevada estatura y rostro enérgico y bondadoso a un tiempo.
--Doctora, señor Hobart, provisionalmente, soy el primer ministro del rey Suddruhar IX. El coronel Harthos, de acuerdo con otros altos oficiales, ha dirigido la sublevación de las fuerzas, que no querían continuase el despótico régimen de la reina Gudrun.
Hobart se acarició el mentón. --Un golpe de Estado--murmuró.
--Es la calificación exacta--corroboró Fegg--. Hacía tiempo ya que lo estábamos planeando. Los acontecimientos, sin embargo, nos obligaron a adelantar el momento de la acción.
Hobart se volvió hacia el oficial.
--Y sin duda, usted, por eso mismo, mintió al decir que no había nadie en el cohete que habíamos robado.
Harthos sonrió.
--Me imaginé sus planes y le dejé actuar. Yo no podía hacerlo, compréndalo.
--Claro, claro...
--Pero sentí enormemente que uno de los fragmentos desprendidos en la explosión perforase su cohete.
--Sí, tuvimos el oxígeno justo para volver a tierra.
--Yo me encontraba entonces a gran distancia y no podía socorrerles, puesto que habla anunciado que el cohete estaba vacío. Pero inmediatamente, me puse en contacto con el doctor Fegg y decidimos adelantar el golpe de Estado.
--Eso significa qué el hijo de Gudrun...
--Suddruhar es ahora nuestro rey y aprobará las nuevas leyes que se van a promulgar--intervino Fegg de nuevo--. No queremos más despotismo en Kuastil, señor Hobart.
El joven sonrió.
--Eso cambia la cuestión radicalmente--dijo--. ¿Qué será de Gudrun?
--Quedará confinada, en un lugar secreto, lejos de la capital. Sólo por consideración a Suddruhar no la hemos condenado a muerte. Además, no queremos iniciar una nueva era con derramamiento de sangre...
--Una decisión muy atinada, señor--elogió Hobart.
--Por supuesto, habrá ciertas destituciones: consejeros y científicos sin escrúpulos, que apoyaron y alentaron los propósitos de Gudrun. Es inevitable, aunque procuremos el máximo de benevolencia. No queremos que nuestro rey inicie su era bajo el signo de la violencia y la fuerza.
De repente, se oyeron unos gritos en el exterior:
--¡Se escapa!
--¡Atrapadle!

--¡Cuidado, tiene un fusil radiónico!
Hobart corrió hacia la ventana más próxima. Un hombre corría pesadamente, a través de la explanada. Sus ropajes se agitaban de forma ridícula como consecuencia de la carrera. El mariscal Krantor se dio cuenta muy pronto de que no podría sostener por mucho tiempo su ritmo de marcha y giró en redondo, apuntando con el arma a los soldados que le perseguían.
Hubo una serie de chasquidos. El grueso cuerpo de Krantor se convirtió repentinamente en un ascua de fuego blanco. Luego, en pocos segundos, se transformó en una masa de hedionda ceniza negra, que una ráfaga de viento dispersó por todas partes.
Hobart regresó al interior. Sus ojos se encontraron con los del coronel Harthos.
--Ha sido un suceso deplorable--dijo.
--Sí, mucho..., pero nadie lamentará la ausencia de ese villano--contestó Harthos.
Hobart se reunió con Syra y cogió su mano.
--Parece que todo ha terminado aquí--sonrió.
Ella hizo un gesto de aquiescencia.
--Era una mujer demasiado ambiciosa--dijo--. Espero que no vuelva a intentar nada semejante.
--Ya se preocupará alguien se que no lo haga--. Hobart suspiró--. Uno de los motivos que la impulsaban a actuar así era su origen terrestre. Quería ser más xenófoba que .los propios nativos de Kuastil, quizá para hacerse perdonar sus orígenes..., pero, como decía mi abuelo, se pasó de rosca.
--Y tanto fue la olla a la cocina...
Hobart levantó los ojos al cielo.
--Ya empieza--dijo--. La frase correcta es: «Tanto fue el cántaro a la fuente...»--de pronto se echó a reír y la abrazó--. Pero no importa que seas así--añadió cálidamente--. Te quiero y lo demás no importa, cariño.

***

Días más tarde, se celebró una ceremonia privada, en la que Suddruhar IX, nuevo rey de Kuastil, otorgó a la pareja una importante condecoración, además de una considerable suma de dinero. Fegg, nuevo primer ministro, estaba a la derecha del monarca adolescente.
--Aún hay más, Clyde Hobart--dijo Suddruhar.
Fegg entregó al muchacho un enorme rollo de papeles, que Suddruhar puso en manos de Hobart.
--Los planos que os robaron--dijo--. Devuélvelos al sitio de donde salieron. Queremos vivir en paz con la Tierra y establecer unas relaciones, que estén siempre presididas por la sinceridad y el respeto recíprocos.
Hobart se inclinó respetuosamente.
--Espero que así sea, Majestad--contestó--. Y ahora, si me lo permites...
Sorprendentemente, sacó un encendedor y, ante el asombro de los pocos espectadores, prendió fuego a los planos.

--También en mi planeta hay gentes ambiciosas--dijo, sonriendo--. No me gustaría que un día surgiera un mariscal Krantor y alguien equivalente a Gudrun. Esto lo evitará.
Los papeles ardieron en el suelo. Suddruhar, Fegg y Harthos aplaudieron con entusiasmo. Syra dio un salto y besó al joven en una mejilla.
--Has hecho lo que debías y yo estaré a tu lado, cualesquiera que sean las circunstancias—exclamó orgullosa del gesto de Hobart.

***

La doctora Syra Hunt terminó de arreglarse y se contempló al espejo por última vez, satisfecha de su aspecto. Bien mirado, los trajes de novia del siglo XX tenían su encanto y estaba segura de que a Hobart le agradaría verla ataviada de aquella forma tan anticuada pero, al mismo tiempo, deliciosa y atractiva.
Consultó su reloj. Llegaría a la iglesia con el tiempo justo, se dijo, mientras, agarrando el ramo de novia con una mano, se recogía la falda con la otra y echaba a correr.
Minutos más tarde, su aeromóvil se detenía frente a un edificio, rematado por una torre alta y delgada. Saltó al suelo, subió las escaleras y penetró en el recinto a todo correr. De pronto, se detuvo en seco.
Allí no había altar, ni velas, ni flores..., ni invitados, Un hombre, ataviado con largas vestiduras, salió a su encuentro.
--Señora, ¿en qué puedo servirle?--se ofreció amablemente.
Syra, desconcertada, miró a su alrededor. Sí, tenía puestos los lentes; veía con normalidad. Pero aquello no parecía una iglesia.
--Yo... iba a casarme...
El hombre sonrió.
-Soy el imán Abdul-EI-Hazra—dijo--. Temo, señora, que no voy a poder complacerla. Está usted en mi mezquita.
La boca de Syra formó una O enorme.
--Pero.., ¿no es éste el número seis mil doscientos de la calle Treinta y Siete Sur?
--Es el dos mil seiscientos, señora--puntualizó el sacerdote islámico.
--¡Dios mío! Y mi futuro, estará aguardando...
--¿Quiere que llamemos a la iglesia?
--Por favor, hágalo..., y dispénseme.., Dígales que voy ahora mismo... No sé cómo disculparme, señor...
Syra dio media vuelta y echó a correr.
--¿Por qué no he fijarme nunca en las cosas que hago?--gimoteó, mientras se metía en el aeromóvil que estaba a la puerta de la mezquita.
Se arrellanó cuidadosamente en el asiento posterior y arregló los pliegues de su vestido de boda.
--A la iglesia que está en el número seis mil doscientos de esta misma calle--ordenó.
--Sí, señora--contestó el conductor.

De pronto, Syra dio un salto en su asiento.
--¡Pero éste no es mi aeromóvil! ¿Por qué he tomado yo un taxi?--exclamó.
El conductor se echó a reír.
--Tampoco es un taxi, sino mi aeromóvil--dijo.
--¡Clyde!--gritó ella--. Pero ¿qué haces aquí, en lugar de esperarme en la iglesia?
--Querida, la boda estaba fijada para las diez de la mañana y son las once y cuarto. En vista de que tardabas tanto, decidí salir a buscarte y entonces fue cuando vi tu aeromóvil a la puerta de la mezquita. Pero no te preocupes; nos casaremos hoy.
Syra se desplomó sobre el asiento.
--Clyde, ¿es que no voy a poder corregir nunca mis despistes?--se lamentó.
--Descuida, yo me ocuparé de acabar con tus distracciones--aseguró él--. Porque no me gustaría que esta noche, en el hotel, fueses a parar a otro dormitorio, por ejemplo.
--¡Seria horrible!--se espantó ella. Y, sonriendo, añadió-: Clyde, cariño, estoy ansiosa porque empieces a corregir mis despistes.
--Empezaré apenas hayas dicho sí en la iglesia—contestó Hobart.

FIN